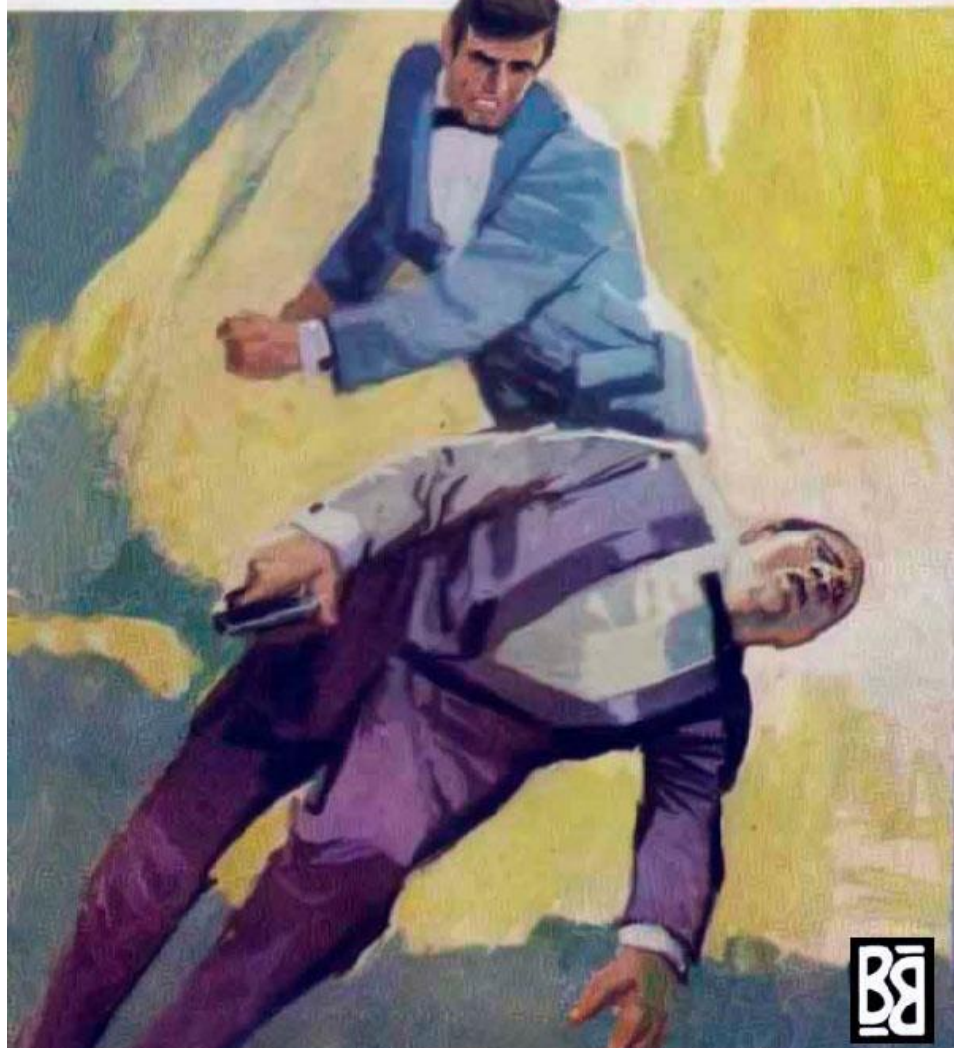


PUNTO
ROJO

un gangster llamado Carella

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



COLECCION

PUNTO ROJO





DOLORES
HERNAN

FRANK
CARELLA

BURTON HARE

UN «GANGSTER» LLAMADO CARELLA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 255
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 36.663 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero 1967

© JOE MOGAR - 1967
sobre la parte literaria

© LUIS ALMAZAN - 1967
sobre la cubierta

© COSTA Y VIVAS - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

852 — Algo más que un atraco.

857 — ¡Maten a Carella!

863 — Trampa diabólica.

En Colección PUNTO ROJO:

247 — Operación "Dólar".

251 — La vuelta del hombre muerto.

253 — ¡Inocente!

En Colección ARCHIVO SECRETO:

131 — Destino "La Morgue".

139 — Morir es fácil.

147 — Se necesita un cadáver.

CAPÍTULO PRIMERO

EN LA SOMBRIA NOCHE

El hombre tenía una cara pálida y cetrina. Profundas ojeras rodeaban sus párpados y en su mirada parecía arder una alta fiebre. Estaba sentado muy erguido en el asiento trasero de un sedán que se deslizaba como una flecha sobre el mojado asfalto de la carretera.

El chófer del coche miraba ante sí, rígido y atento a la peligrosa lluvia sobre la cual los neumáticos chirriaban siniestramente. En el asiento de atrás, al lado del hombre silencioso y cetrino, se sentaba otro de rostro duro e impassible. La muñeca izquierda de éste estaba unida a la del primero por unas recias esposas de reglamento. Tampoco ellos hablaban.

Repentinamente él de la mirada enfebrecida gruñó:

—¿Puedo fumar un cigarrillo? No creo que eso esté prohibido por los malditos reglamentos.

El que estaba unido a él le miró de reojo, despreciativamente.

—Tú no tienes por qué pensar ahora en los reglamentos, puerco. A decir verdad, no tienes que preocuparte por nada puesto que eres un hombre muerto, se mire por donde se mire.

El chófer refunfuñó:

—No hay ninguna necesidad de tratarlo así, Barton. Al fin y al cabo es un ser humano.

—En todo caso pronto dejará de serlo —refunfuñó Barton—. Tan pronto como se siente en la silla caliente...

—¡Cállese!

El histérico grito arrancó una carcajada del policía.

—¿Tienes miedo, bastardo? —rió, sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta—. No debes preocuparte demasiado estos días, porque realmente te quedan tan pocos que más vale que los aproveches de otra manera.

—Usted es un cerdo, Barton —replicó el preso—. Espero que alguien le de su merecido muy pronto. Polizontes como usted hacen que uno se sienta perfectamente en el otro lado de la barrera...

Barton le encendió el cigarrillo. Fumó con chupadas nerviosas, con la mirada clavada frente a sí, como si pudiera ver más allá del parabrisas algo terrible que le obsesionara.

Tal vez, lo que veía fuera el tétrico porvenir de la celda de la muerte, y el corto paseo hasta la silla eléctrica y después la muerte y el más allá en el que no había, creído nunca y si ahora resultaba que sí había algo al final del largo camino habría estado perdiendo años y años y al fin ardería en el infierno.

—Usted debería acompañarme —refunfuñó de repente.

—¿Qué? —dijo Barton.

—En el infierno.

—Imagino que te gustaría, pero ése es un viaje que harás tú solito, camarada.

El conductor soltó un sonoro juramento y volvió a medias la cabeza.

—¿Por qué no cierras la boca, Barton? Déjalo en paz de una maldita vez.

—Me divierte oír cómo se desespera. ¿Sabes una cosa, Jos? Me gustaría asistir a la ejecución sólo para verle descomponerse como una manzana podrida... Apuesto que entonces no sería capaz de torturar y matar a nadie más aunque tuviera oportunidad.

El preso se limitó a fumar en silencio unos segundos. Después dijo con voz lenta y clara:

—Estás equivocado, Barton... sería capaz de matarle a usted con las manos desnudas, al pie de la silla, ahora, aquí o en el infierno. Sólo deme una oportunidad y verá.

Barton dejó de reírse y volvió la cabeza hacia el preso. Sus miradas se encontraron y sostuvieron un mudo combate que duró hasta que el policía dijo:

—Estoy seguro que lo harías...

Hubo un largo silencio que sólo rompía el chillido de los

neumáticos sobre el asfalto y el repiqueteo de la lluvia contra la capota metálica del coche.

Nervioso, Barton indagó al cabo de unos segundos:

—¿Falta mucho todavía, Jos?

—Quince o veinte millas por lo menos. ¿Qué te pasa a ti, dime? Estás tan nervioso como nuestro forzado viajero.

—Tonterías; estoy perfectamente, sólo que es una noche de perros para un viaje hasta Sing-Sing...

Otro largo silencio reinó en el interior del vehículo. Tras el volante, Jos pensaba de manera abstracta en la muerte y en el hombre que conducían hacia ella. A decir verdad, no le preocupaba mucho el problema de la muerte, pero era una cosa que tampoco le dejaba indiferente. Tenía la sensación de que más bien era algo solemne con lo que había que contar quieras o no. Y aquel estúpido de Barton estaba riéndose de la muerte y torturando moralmente al preso con sus sangrientas y sarcásticas alusiones al terrible fin que le aguardaba dentro de pocos días.

Vio la curva y se aprestó a tomarla rutinariamente. Había estado pensando en la muerte y la negra parca les salió al encuentro en medio de la curva. Primero notó cómo el coche derrapaba, con los neumáticos chillando de manera terrible. Luchó frenéticamente con el volante y los pedales intentando hacerse con el control del vehículo cuando éste estaba poniéndose de lado, oscilando como una barquichuela en una tempestad. Luego, cuando se levantó de la carretera, Jos supo que aquello era el fin y gritó una frenética advertencia.

El primer golpe lo pegó de lado contra el tronco de un árbol corpulento, que crujió por el impacto. Después, dio una voltereta en el aire, cayó sobre la carretera y rebotó hacia el otro lado, donde se abría un barranco de más de veinte metros de profundidad. Antes de despeñarse, todavía golpeó contra una roca con tan brutal fuerza que la arrancó, lanzándola al abismo. Tras ella se precipitó el auto con un ruido tremendo de chatarra aplastada, cristales astillados y gritos de muerte que se perdieron totalmente cuando el coche acabó de aplastarse en el fondo del barranco con infernal estrépito.

Durante los minutos que siguieron, todo fue quietud, como si la Naturaleza estuviera aterrada por lo que acababa de suceder.

Después, del destrozado vehículo empezaron a elevarse pequeñas llamas que recorrieron el capot, reptando como lentas serpientes flamígeras. Antes que pudieran avivarse más hubo un sordo estallido y una tremenda llamarada y el coche ardió furiosamente por sus cuatro costados. La lluvia, fina y persistente, siguió cayendo indiferente, encharcando la noche, lamiendo la tierra y luchando en vano con la gasolina incendiada en una batalla que tenía perdida de antemano.

CAPÍTULO II

LA NOTICIA

Fue una noticia que aprovecharon todos los periódicos. La exprimieron a conciencia y se las prometieron muy felices por cuanto les aseguraba material de primera página por unos cuantos días. Y después, bien explotada, todavía les seguiría dando detalles para rellenos de las páginas interiores.

Pero las grandes cabeceras de ese primer día eran tan llamativas como el desfile del día de la victoria.

Era una noticia que la policía facilitaba a regañadientes, como a contrapelo. Posiblemente dictada desde las altas esferas, o quizá obligados a darla por la nube de reporteros que les habían caído encima desde primeras horas de la madrugada, cuando empezó a correr el rumor del accidente.

La mayoría de los encabezamientos rezaban:

«Condenado a muerte escapa en un accidente. Dos policías muertos».

«Frank Lloyd se salita en el accidente y escapa».

«Toda la policía del Estado a la caza del criminal fugitivo».

Luego venían los artículos en los que se relataba la vida criminal de Frank Lloyd; las veces que había sido procesado sin que nunca hubiera podido llegarse a una condena real por falta de pruebas, hasta que en su último asesinato había cometido el error de no

rematar a su víctima, dejando además con vida a un testigo que le llevó implacablemente a la condena a muerte.

Toda la vida del peligroso pistolero era aireada en esos artículos. Todos sus delitos, relatados detalladamente, hacían estremecer a las gentes que devoraban los reportajes ávidamente, como si en ellos hubiera algo que les concerniera personalmente.

Los avispados reporteros no habían dejado nada en el tintero. A tenor de las notas facilitadas por las autoridades, advertían a los ciudadanos de las principales características y costumbres del criminal para mejor ayudarla su identificación. Incluso facilitaban una lista con los nombres utilizados en otras ocasiones por Lloyd:

Jen Grover.

Bob Lander.

Harry Cullen.

Frank Carella.

Un ambiente electrizante se había extendido por toda la ciudad. Las idas y venidas de los coches policíacos, las sirenas aullando al viento, las patrullas reforzadas, los controles en las carreteras, puentes, túneles, estaciones, aeropuertos; los continuos boletines radiados y en la televisión...

Incluso el D. A., se dignó responder a una convocatoria televisada en la que, entre otras cosas, dijo: «Que el criminal fugitivo era el más peligroso que había pasado por el tribunal en los últimos años. Que podían calcularse en más de veinte los crímenes de sangre cometidos por Lloyd, o como quiera que se hiciera llamar después de la escapada. Y que, indiscutiblemente, sería cazado como un animal dañino por todos los policías que se pudieran reunir anulando licencias y días libres. Una fiera semejante no podía dejarse andar suelta entre la gente decente».

Acababa afirmando que era más que probable que el criminal estuviera herido y desesperado, por lo cual sería doblemente peligroso. La población haría bien en tener los ojos abiertos, pero también recomendaba prudencia para evitar que fuera vertida más sangre inocente.

Entre unas cosas y otras, el público andaba por la calle con los

nervios de punta, la mirada alerta y un continuo sobresalto cada vez que veían a alguien con un brazo en cabestrillo o con la cabeza vendada.

Entre los hombres que aquella mañana recibieron la noticia con el desayuno se contaba el Secretario de Justicia de los Estados Unidos. Y no por sabida le causó menos impresión. Incluso palideció un poco y sintió una especie de sacudida en sus bien controlados nervios.

Engulló apresuradamente su desayuno, dobló el periódico y se precipitó a su coche con súbitas prisas. Pero no se dirigió a su despacho, sino que tomó el rumbo de cierto hotel de segunda categoría, cosa que de haber sido advertida por los reporteros quizá les hubiese dado materia para otra serie de reportajes tanto o más sensacionales que los dedicados al criminal fugitivo.

No obstante, ningún periodista estaba en el vestíbulo del hotel. No tenían ninguna razón para haber estado allí, puesto que en semejante establecimiento no solían alojarse ni estrellas de la pantalla, ni políticos famosos, ni gangsters de renombre...

Esa misma tranquilidad era la que habían buscado allí los miembros de cierto selecto grupo de hombres duros, de una rudeza implacable, que a lo largo del tiempo habían dejado espeluznantes huellas de su justicia. Quizá por esas actuaciones suyas se les conocía en ciertos ambientes por «Los Justicieros», aunque eso era cuanto se sabía de ellos: El nombre, puesto que su identidad seguía siendo un misterio incluso para los mismos criminales a quienes habían vencido.

Un grupo de cuatro hombres para quienes no existía la palabra imposible. Cuatro despiadados e implacables vengadores de la sociedad que los ignoraba, los cuales se enfrentaban a la muerte en todas sus formas sin parpadear, como si fuera algo absolutamente natural y corriente, a lo cual debían poner buena cara y sonreír.

Sólo que esa mañana no sonreían en absoluto. Tampoco había cuatro hombres en la anónima habitación donde entró el rígido Secretario de Justicia, sino tres cuyos rostros decían bien a las claras que aquél no era precisamente su mejor día.

Desde detrás de los cristales de sus gafas sin montura, el secretario escrutó a cada uno de ellos como si quisiera penetrar en lo más recóndito de sus pensamientos. Mentalmente, los fue

encajando por sus nombres: Peter Brett, Lin Burke y Johnny Rugolo...

El único que faltaba era el jefe del grupo...

Frank Carella.

CAPÍTULO III

UN FORASTERO LLEGA A MIAMI

El hombre tenía todo el aspecto de rudeza que pueda aparentar el más encallecido hampón de los bajos fondos. Su estatua superaba los seis pies, sus hombros eran anchos y macizos y a pesar de su formidable aspecto se movía con la agilidad propia de un atleta.

Tenía unos ojos grises de mirar helado que escudriñaban cada detalle a su alrededor con implacable fijeza. Cuando entró en la taberna se detuvo un instante junto a la puerta, antes de dirigirse a la barra. Hubo un momentáneo silencio mientras las miradas de todos los parroquianos seguían sus movimientos con expectante curiosidad. Luego, cuando se acodó sobre el mostrador dejaron de prestarle atención y las conversaciones se reanudaron a media voz.

—Un *whisky* —pidió el recién llegado—. Con hielo. El mozo sirvió *el* pedido sin pronunciar palabra. Cuando se disponía a retirarse el hombre dijo:

—Un momento.

—¿Sí?

—Busco una habitación barata. Discreta. Donde no hagan demasiadas preguntas si uno no lleva equipaje. ¿Conoces un sitio así por estos alrededores?

El muchacho entrecerró los ojos. Su mirada se estrelló contra el hielo que parecía velar las pupilas del cliente y bajó la cabeza.

—Quizá en lo de Benny.

—¿Quién es Benny?

—Tiene una pensión no lejos de aquí, en la segunda esquina a la derecha. Benny jamás hace preguntas si se le paga sin rechistar.

—Iré a verlo.

Bebió lentamente. Sus facciones regulares y varoniles tenían un rictus amargo que las ensombrecía de manera permanente, resaltando la dureza de sus trazos y la despiadada frialdad de su mirada.

Mientras permaneció acodado en el mostrador pareció concentrarse en sus pensamientos. No obstante, a través del espejo que habla frente a él podía vigilar lo que sucedía a sus espaldas. Estuvo fijándose particularmente en los hombres que entraban y salían, y en los que estaban más cerca, pero ninguno demostró ningún interés especial hacia él.

Al fin dejó unas monedas sobre el mostrador y abandonó el tugurio. Anduvo sin prisas hasta convencerse de que no era seguido. Entonces entró en la casa sobre cuya puerta había un rótulo de neón con el nombre de «Pensión de Benny».

El tipo que leía el periódico detrás de un cuchitril de madera deslucida levantó la cabeza para ver al recién llegado. Era un hombrecillo de cara de rata, ojos pequeños, brillantes y astutos y que escudriñaban como si quisiera adivinar cuánto dinero podría sacarle al nuevo huésped.

—Quiero alquilar una habitación —dijo éste.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé. Quizá un mes, tal vez menos... o quizá más. ¿Importa eso?

—No, realmente. ¿Lleva equipaje?

—No, compraré lo que necesite mañana por la mañana.

—Eso no es muy correcto, amigo... Sin equipaje, un desconocido...

—Me han dicho que no hace usted preguntas si le pagan lo que pide. Muy bien, pida de una maldita vez y déme esa habitación.

—Todavía no estoy seguro de que convenga usted como huésped, amigo.

—Pues decídalo, pronto antes que le haga trizas esta choza.

El vejete se frotó la calva cabeza con evidente fruición. Después, y como si ese masaje le hubiera aclarado sus dudas, sonrió y dijo suavemente:

—Veinte dólares. Treinta con baño.

—¿Cada cuándo?

—Por semanas.

—Me conviene. Con baño, Pero nada de preguntas.

—De acuerdo, *Sin* embargo, amigo, tendrá que firmar el registro. Me costaría un disgusto si hubiera una inspección.

—O. K., tráigalo.

El hombrecillo abrió un grueso volumen sobre el mugriento mostrador, Al mismo tiempo advirtió:

—Pago por adelantado, ¿sabe usted?

El hombre extrajo un fajo de billetes, separó algunos y los dejó ante los redondos ojos del propietario de la pensión.

—Aquí tiene el alquiler de un mes —le espetó—. Tanto si vengo todos los días como si paso semanas enteras fuera, la habitación debe serme reservada. ¿Entendido?

Benny encogió sus esmirriados hombros, descolgó una llave y se la entregó al nuevo huésped, recordándole:

—El registro, amigo.

El hombre grande firmó y arrojó la pluma sobre el mostrador.

—Habitación ciento seis.

El huésped no se movió, entreteniéndose en sacar un cigarrillo y encenderlo calmamente. El hombrecillo echó un vistazo al registro. Leyó el hombre:

Frank Carella.

Y los datos de un domicilio de Nueva York. Con voz neutra comentó:

—Está usted un poco lejos de su casa, ¿eh?

—Nueva York, Miami... son sólo nombres en el mapa. ¿Qué importa?

—Nada, mientras pague.

Carella dio una larga chupada a su cigarrillo. Luego preguntó:

—¿Conoce a alguien llamado Eddy Kowalsky?

El hombrecillo volvió a acariciarse la calva en un movimiento automático.

—No. ¿Quién es?

—¿Ha oído el nombre alguna vez, por lo menos?

—Nunca, que recuerde. ¿Por qué le interesa el individuo y por qué cree que yo puedo haberlo conocido?

—Porque le dispararon dos tiros hace quince días aquí, en Miami.

—¡Demonios! ¿Se refiere al hombre que mataron en la playa?

—Seguro.

—Bueno, leí algo en los diarios... Pero no me interesó demasiado la cosa. Parece que fue un ajuste de cuentas entre pistoleros, ¿no?

—Eso dijeron.

—Pues no entiendo por qué me pregunta si lo conozco, estando muerto.

—Fue una manera de expresarlo. Olvídelo.

Dio media vuelta y se encaminó a la escalera, por donde desapareció con sus pasos largos y ágiles. Hasta perderlo de vista, Benny no apartó sus ojos del nuevo huésped que le había caído en suerte, preguntándose si no le resultaría una fuente de disgustos a fin de cuentas...

Frank Carella se dio una ducha, vistiéndose a continuación con las mismas ropas que llevaba a su llegada. Después comprobó la carga de una gran «Magnum 389», que colocó en la funda sujeta a su cinturón, encendió un cigarrillo y descendió a la planta baja notando los chirridos de algunos peldaños bajo su peso.

Benny hizo una mueca al verle.

—He estado pensando en ese tipo, Kowalsky, desde que usted me ha preguntado por él...

—¿Y qué?

—¿Le interesa mucho?

—Sí.

—Entonces, busque a Tony Darrow. Es un reportero de mala fama, pero fue quien más escribió sobre el crimen. En sus artículos dijo que había conocido personalmente a la víctima.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No tengo la menor idea, pero trabaja para el «Forsythe Syndicate».

—Lo intentaré, gracias.

Dejó un dólar sobre el mostrador y salió a la calle. Soplaban un aire cálido de la bahía y el cielo estaba limpio y despejado. Millares de estrellas brillaban como gemas, pero no había luna, por lo cual las calles del distrito permanecían en una semipenumbra

amenazadora. Carella anduvo con los sentidos alerta pero no pudo advertir ningún signo de alarma.

Entró en una farmacia, pidió un refresco de cola y se encerró en la cabina telefónica. La guía telefónica le brindó el número y la dirección del «Forsythe Syndicate», y lo marcó sin vacilar.

Una voz destemplada respondió con evidente mal humor.

—Quiero hablar con Tony Darrow. Es importante.

—No está aquí. Nunca está aquí. ¿Para qué lo quiere?

—Quizá pueda proporcionarle un buen reportaje. ¿Dónde puedo encontrarle?

—En cualquier tugurio donde pueda emborracharse sin que le saquen a puntapiés. Pruebe en el «Acrópolis».

—¿Eso es todo lo que puede decirme para ayudarme?

—Y está usted de suerte —refunfuñó su anónimo comunicante, antes de colgar con un golpe seco.

Frank Carella volvió al mostrador, paladeó su refresco, y cuando lo abonó dijo:

—Debo encontrar un local llamado «Acrópolis». ¿Está muy lejos de aquí?

—Demasiado para ir andando; en la playa, por la ruta de Coral Gables.

—¿Qué es, un *cabaret* o algo así?

—Bueno, hay baile en la terraza, pero es más bien un tugurio de baja estofa donde se juega y... En fin, usted Jo verá.

—Seguro que lo veré.

Buscó un taxi y ordenó que le llevase al misterioso antro descrito por el farmacéutico.

Realmente, era un edificio oscuro y con las paredes necesitadas de un nuevo rebozado. Un tétrico letrero luminoso de color rojo parpadeaba sobre el tejado. Había algunos coches aparcados y un guardián se paseaba con aire meditabundo por entre ellos.

Dijo al taxista que aguardara y detuvo al vigilante.

—Busco a Tony Darrow. ¿Está aquí?

—¿El reportero?

—Justamente.

—Seguro que anda por aquí, si no se ha caído bajo una mesa. Cuando ha llegado ya iba muy «cargado», de modo que no estoy muy seguro de que lo encuentre consciente.

—No le conozco, amigo. Quizá usted fuera tan amable de señalármelo.

Aireó un par de billetes de a dólar y el vigilante se movilizó sin dudarle un instante.

El interior era una pieza cuadrada, con estrechos cubículos alrededor, una barra al fondo y una arcada que daba a una terraza en la que sonaba la música. En los reservados acolchados algunas parejas de aspecto equívoco hacían algo más que hablarse de amor.

—Ahí lo tiene usted —indicó su guía—. Es el que está en la mesa del fondo, cerca del arco.

—Ya lo veo, gracias.

Tony Darrow era un hombre de unos treinta y cinco años, aunque a juzgar por la primera impresión que causaba parecía tener muchos más. El cabello había empezado a desertar de su cráneo y había profundas entradas sobre su frente. Unos ojos mortecinos se escondían detrás de unas gafas caídas sobre la nariz ganchuda. Muy delgado, tenía un aspecto sumamente frágil.

Carella arrastró una silla y se sentó frente a él. El periodista parpadeó para fijar la mirada. Luego gruñó:

—No le conozco a usted. Lárguese. Ésta es mi mesa.

—Quiero hablarle, Darrow.

—La cosa está en que yo quiera hablar con usted... ¿Nos hemos visto alguna vez?

Estaba borracho y su voz apenas era inteligible. Una botella casi vacía acompañaba al sucio vaso sobre la mesa.

—Ésta es la primera. Me llamo Carella.

—Bueno, ¿y qué?

—Quiero que me hable de Eddy Kowalsky. Se supone que usted era amigo suyo.

—Le conocía solamente... ¿Por qué infiernos he de hablarle de él? Si quiere información compre los periódicos.

—Los diarios no dicen una palabra de lo que a mí me interesa. Puedo pagar por los informes, si valen realmente dinero.

El reportero se enderezó un poco en su asiento. Luchó por aclarar su mente de las brumas del alcohol que le anegaban.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Frank Carella.

—Bueno, he oído ese nombre alguna otra vez...

—No lo creo, pero eso no importa ahora. Kowalsky fue asesinado en la playa de Miami Beach hace quince días poco más o menos. Le pegaron dos tiros con un arma del «45», pero le dispararon al estómago según los informes. ¿Es cierto?

—Seguro. Lo publicaron todos los periódicos. Yo describí su aspecto también...

—Esos balazos no pudieron matarlo instantáneamente. Quizá tuvo tiempo de hablar antes de morir. ¿Sabe usted algo de eso?

Darrow se recostó pesadamente en el respaldo, con precaución, como si no estuviera muy seguro de que estuviera allí para sostenerlo. En sus ojos de beodo brilló la astucia cuando dijo:

—Usted es un tipo realmente cómico... ¿Por qué supone que voy a responder a sus preguntas?

—Porque creo que a pesar de ser usted una miserable ruina todavía le tiene apego a la vida.

—¿Qué demonios...?

Se ahogó. Trató de calibrar al hombre que tenía delante. Lo que vio le produjo escalofríos y todo rastro de color desapareció de su esquelético rostro.

—Necesito informes, Darrow —añadió Carella con voz helada—. Y los quiero pronto y rápido. No le creo tan idiota como para jugarse la vida por algo que no le importa en absoluto.

—Usted es uno de esos tipos rudos, ¿eh?

—Usted no sabe hasta dónde puedo serlo.

—Dígame, ¿por qué le interesa tanto la muerte de Kowalsky?

—Kowalsky fue una rata sarnosa. Me birló cinco mil dólares y lo arregló de tal manera que no pude encontrarle hasta que leí los periódicos, con la noticia de su muerte. Pienso que no tuvo tiempo de gastar todo mi dinero, de manera que quizá pueda recuperar una parte de él.

—Ya veo... un hermoso cuento.

—¡Al grano, Darrow!

—Espere que lo piense... todo esto me ha puesto la mosca en la oreja, compañero...

Frank Carella se echó atrás. Su americana se abrió con el movimiento y el reportero vio con sobresalto la negra culata de la poderosa «Magnum».

—Lleva usted un bonito cañón, forastero —tartajeó—; desde la

guerra de Corea no había vuelto a ver un arma semejante... Está bien, está bien, cálmese. Le diré lo que quiere saber...

Vació los restos de la botella en su vaso y lo bebió glotonamente. Después farfulló con lengua torpe:

—Kowalsky fue encontrado por un vigilante de la playa llamado Gibson, quien corrió a llamar a la policía. Un patrullero se hizo cargo del cuerpo y mandó a Gibson a que llamase al hospital...

—Lo cual indica que estaba vivo todavía.

—Eso parece.

—¿No se le ocurrió pensarlo hasta ahora?

—Lo pensé. Incluso lo insinué en mi primer reportaje...

—¿Y qué?

—Recibí unas cuantas llamadas. Ya no volví a hablar de ese detalle.

Carella arrugó el entrecejo.

—¿Quiere decir que le amenazaron?

—Usted lo ha dicho.

—¿Quién?

—Usted sabe... Hubo una verdadera competencia en vaticinarme los más fulminantes desastres si volvía a mencionar que Kowalsky todavía vivía cuando lo encontraron.

—¡Maldito sea, Darrow! ¿Quiénes le amenazaron?

—Empezando por el fiscal y acabando por una serie de desconocidos, puede decirse que todas las clases sociales del hampa rivalizaron en ponerme una mordaza.

—De modo que hasta el fiscal, ¿eh?

—Ajá. Y si se lo cuento es porque sé que no podrá usted pregonarlo por ahí, amigo. Todo el que se mete en este lío queda marcado a fuego.

—Yo me cuidaré de mis marcas. ¿Por qué el fiscal tiene interés en ocultar ese hecho?

—Quizá para proteger sus investigaciones, aunque, si ha hecho alguna después del crimen, yo no me he dado cuenta.

—Ese vigilante, Gibson... ¿Lo interrogó usted?

—Seguro. No pude sacarle nada. Dice que tan pronto descubrió el cuerpo salió de estampida en busca de los polizontes.

—¿Y no escuchó nada, ni un suspiro del moribundo?

—No.

—¿Y el patrullero?

—Ése fue otro —refunfuñó el borracho—. Lo mataron al día siguiente, en un tiroteo con unos atracadores.

Carella se echó hacia atrás. Sus dientes rechinaron al apretarlos salvajemente.

—De manera que lo hicieron así —masculló entre dientes—. ¿Había hablado usted con él?

—Seguro, seguro... Soy un borracho, pero sé cuál es mi trabajo... Le interrogué y por poco no me saltó los dientes. Se puso furioso cuando le insinué que Kowalsky podía haber dicho algo respecto a sus asesinos. Me mandó al infierno y me prometió también un tratamiento desagradable si me atrevía a decir algo semejante en mis artículos.

—De modo que le amenazó también... ¿sabe usted, Darrow? Me pregunto cómo no le han llenado la cabeza de plomo a estas horas.

—A los pistoleros no les interesa liquidar a un periodista. Los diarios empiezan a chillar y las cosas se les ponen muy calientes. Todo lo que han hecho ha sido amenazarme y eso ha sido suficiente. Me gusta la vida, compañero, aunque sea para beber.

—Sí, ya me doy cuenta. ¿En qué clase de atraco liquidaron al guardia?

—Según lo que se pudo sacar en limpio, fueron sólo dos hombres que estaban forzando el cierre de una tienda de licores... el patrullero debió sorprenderlos y dispararon, matándolo y huyendo en un coche que tenía a mano.

—Demasiado burdo.

—Seguro que lo fue. Oiga, ¿quién demonios es usted realmente? Se me antoja que está haciendo muchas preguntas si sólo le interesa recuperar un dinero que Kowalsky le birló.

—Ya le he dicho mi nombre. Eso es suficiente. Me gustaría saber si el policía muerto tenía familia...

—No. Bueno, a menos que se considere como tal a su amiguita. Vivían juntos desde hacía mucho tiempo.

—Nombres, Darrow. No me haga perder tanto tiempo.

—Un momento. ¿Cree que podré sacar adelante un reportaje de todo esto, si usted arma un poco de jaleo?

—Es posible, si mantiene la boca cerrada hasta que yo le avise.

—Okey, es usted un pistolero muy raro, pero confío en su

palabra. El guardia se llamaba Polnik, Tim Polnik. Vivía en Crewe Street, seis, dos cinco.

—¿Y la muchacha?

—Venus Hood.

—¿Sigue viviendo en el mismo domicilio?

—Por lo menos, yo no tengo noticias de que se haya mudado.

—Está bien. ¿Tiene alguna otra noticia que pueda interesarme respecto a Kowalsky?

El reportero estuvo mirándole largo rato con la astucia brillando en sus pupilas. Parecía haberse serenado bastante desde que empezara la charla.

—Podría decirle algo más... quizá. Pero me gustaría estar seguro de que usted va a darme material interesante como pago.

—Lo tendrá más adelante.

—Sí, bueno, eso no cuesta nada decirlo...

—¡Al grano, Darrow!

—*Okey*, correré el riesgo. Kowalsky había dicho a algunos de sus conocidos que iba a tener dinero en grande muy pronto. Habló de millones, y a pesar de que nadie le hizo caso él parecía estar seguro de que iba a ser millonario el día menos pensado.

—Eso es quizá lo más importante que ha dicho usted hasta ahora.

Carella se levantó. Su pétreo rostro no expresaba sentimiento alguno, como no fuera la eterna mueca de amargura. La mirada del reportero permaneció prendida en él con insistencia.

—¿Dónde se aloja usted? —indagó de repente—. Quizá se me ocurra algo más sobre esto...

—«Pensión de Benny». Cuarto, ciento seis.

Carella giró sobre los talones y abandonó el establecimiento.

—Le encontraré si tengo más noticias.

El impaciente taxista refunfuñó un par de quejas cuando se instaló en el coche, pero la mente de su pasajero estaba demasiado ocupada para prestarle atención. Sólo le dio la dirección de Crewe Street y se recostó en el asiento, permaneciendo en silencio, abstraído en sus meditaciones, pero sin descuidar echar un vistazo por la ventanilla trasera para asegurarse de que no eran seguidos.

CAPÍTULO IV

SORPRESAS EN LA NOCHE

Venus Hood era toda una belleza. Quizá un poco ajada, pero todavía con plenitud de encantos que realzaba el llamativo atuendo casero que dejaba al descubierto un profundo escote hasta casi la cintura.

Miró a Frank Carella cuando éste se colocó en el interior del apartamento. No se inmutó en absoluto.

—Usted no es policía —dijo solamente.

—¿He dicho yo que lo fuera?

—Pero quiere hablarme de Tim...

—Sí.

—No siendo policía, ¿qué interés le guía?

—En cierta manera estoy interesado en los tipos que le mataron. Además, creo que usted puede aclarar algunas cosas que me preocupan.

—¿De veras? Entre y siéntese... a pesar de la hora, su visita es un consuelo. Comenzaba a sentirme muy sola.

Carella la siguió hasta una salita bien amueblada. No era una vivienda de lujo, pero resultaba muy por encima de lo que puede permitirse un simple policía. Por lo menos, un policía honesto.

El aparato de televisión estaba en marcha y ella lo apago, mientras el visitante tomaba asiento en una confortable butaca.

—Aguarde un instante, estoy con usted enseguida.

Carella miró a su alrededor. Sobre un estante de una librería vio la fotografía de un hombre vestido con el uniforme de los patrulleros. Supuso que sería el retrato de Polnik.

Cuando ella regresó sentóse ante él con una actitud un poco rígida.

—Tim era un buen muchacho —dijo, sin transición—. Se portaba bien conmigo... No debieron haberlo matado...

—Lamento obligarla a hablar de eso.

—No importa. Dígame, ¿quién es usted? No es uno de los amigos de Tim...

—¿Los conocía usted a todos?

—A la mayoría si. Pero si él le hubiese conocido a usted no habría dejado de mencionarlo.

—Hábleme de sus amigos. ¿O se refiere a otros policías cuando menciona a las amistades de Polnik?

—No tenía amigos entre los demás policías... Por lo menos no lo suficientemente íntimos como para que vinieran aquí alguna vez.

—Entonces...

—¿Quién es usted?

El suspiró. Si bien le convenía prodigar su nombre tanto como le fuera posible, empezaba a resultarle molesto hacerlo ante aquella mujer.

—Frank Carella —dijo como respuesta, igual que si eso lo aclarase todo.

—Nunca mencionó ese nombre.

—No me conocía ni yo a él. Cuando murió hacía muy poco que había encontrado el cuerpo de un hombre asesinado en la playa. ¿Le habló de eso?

—Siempre se mostraba reservado con los asuntos del servicio, pero me dijo que habían matado a un hombre, que luego resultó que era un delincuente.

—¿Eso fue todo cuanto le dijo?

—Sí, claro...

—Ese hombre que él recogió no estaba muerto cuando lo encontró. Murió al llegar al hospital. Yo tengo la idea de que dijo algunas palabras antes de expirar, y que tal vez Polnik las escuchó. ¿Le dijo algo sobre esto?

—No.

—Cuénteme qué mencionó al respecto, me cansa formularle tantas preguntas.

Ella se removió, inquieta. Tenía las manos entrelazadas, jugando

con los pliegues de la bata que vestía. Con voz neutra susurró:

—Usted es uno de los hombres que lo mataron, ¿verdad? Sabía que acabarían viniendo aquí.

—No desvaríe, muchacha. Acabo de llegar a Miami. ¿Por qué cree que los asesinos de Polnik vendrán aquí?

—Por lo mismo que pregunta usted, por eso estoy segura de que es uno de ellos. Pero no pueden hacerme nada. El no dijo ni una palabra, nada que pueda ser peligroso para nadie. Sólo que desde que encontró a aquel hombre moribundo vivió muy asustado...

—Eso puede ser interesante. ¿Por qué tenía miedo?

—No quiso decírmelo. Insistí, pero dijo que era más seguro para mí ignorar todo el maldito asunto. Aunque...

—Hable.

—¿Cómo sé que no es usted un pistolero de los que lo mataron? Creo que debería llamar a la policía para asegurarme.

—¿Amaba usted a Polnik, Venus?

La pregunta la pilló de sorpresa. Desconcertada, murmuró:

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

—Tal vez nada, pero presumo que no le interesa llamar a la policía, si no quiere ver el nombre de Polnik en letras de molde.

—No comprendo...

—Por el contrario, creo que lo entiende perfectamente. Polnik no era un policía honesto y usted lo sabe. ¿Le gustaría que se hablase públicamente de ello?

—Ya veo. Quiere difamarlo ahora que ha muerto.

—No es esa mi intención. Todo lo que yo deseo son informes. Hable usted y no pasará nada desagradable.

—Usted gana —susurró la muchacha—. Polnik no era un policía decente, tal como usted dice. Pero era un hombre bueno para mí. Había conocido a otros antes que a él... Ninguno me trató como a un ser humano. Tim sí; Tim dijo que me quería y lo demostró. Fue dulce conmigo, y cuando le mataron estaba a punto de llevarme a un largo viaje por todo el continente...

—Un momento...

—Ya sé lo que va a decirme —le atajó ella con viveza—, que un policía no puede permitirse esos lujos. Pero tampoco puede vivir con muchas comodidades valiéndose sólo del sueldo.

—Saben perfectamente lo que van a ganar cuando solicitan el

ingreso, pero eso nos desvía de la cuestión. ¿De dónde pensaba obtener el dinero para ese viaje?

—No me lo aclaró. Sólo aseguró que iban a pagarle una gran suma...

—¿Cuándo le dijo eso?

—Aquella noche... Mejor dicho, al amanecer, cuando vino aquí...

—¿La misma noche que descubrió el cuerpo en la playa?

—Sí.

—¿Y luego?

—Se cambió de ropa, quitándose el uniforme, y volvió a salir. Cuando regresó estaba asustado... muy asustado... muy asustado. Me dijo que preparase las maletas, que a la mañana siguiente nos iríamos.

—¿Había cobrado el dinero?

—No...

Hubo cierta vacilación en su voz.

—¿Sí o no?

—Me dio cinco mil dólares... pero eso era sólo un anticipo. Iba a cobrar más de cien mil.

—Eso le dijo, ¿eh?

—Sí. Y yo estuve de acuerdo —afirmó en tono de desafío—. Era nuestra oportunidad, el medio de salir de apuros de una vez por todas, y le animé a seguir adelante. Íbamos a poder llevar una vida cómoda y sin preocupaciones por una temporada... nunca habíamos conocido el bienestar. ¿Por qué me tenía que haber parecido mal?

—Quizá para salvar la vida de Polnik, pero dejemos esas disquisiciones. Siga contándome lo que pasó.

—Era alrededor del mediodía cuando me trajo ese dinero. Comió un poco y se marchó otra vez.

—¿Vestido con el uniforme?

—No, de paisano. Pero se llevó el revólver. Ya le he dicho que estaba muy nervioso.

—¿A qué hora volvió?

—Al anoecer, poco antes de la hora en que debía entrar de servicio. Se puso el uniforme, me dijo que lo tuviera todo preparado para la mañana siguiente, que el dinero estaba tan seguro como si ya estuviera en mis manos. Y me recomendó que no abriese la

puerta a nadie que no fuera él en persona.

—De modo que también temía por usted...

—Eso me pareció comprender.

—Dígame, ¿le amaba?

—No lo sé... Me había acostumbrado a él, era cariñoso y yo me sentía amparada cuando lo tenía al lado. No me hubiera importado vivir el resto de mis días junto a Tim, si es eso lo que quiere saber.

—Entonces, le gustaría que fuera vengado, ¿no es así?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Yo lo vengaré, porque al hacerlo llevo adelante mis propios planes. Ahora hábleme de sus amigos.

—No tenía muchos.

—¿Cree que alguno de ellos puede estar implicado en lo que sucedió?

—No.

—¿Mencionó algún nombre relacionado con el dinero que iba a cobrar?

—Sólo dijo que esta vez iba a sacarles las entrañas. Que tenían que pagarle los malos ratos que había pasado luchando contra ellos.

—¿A quiénes se refería?

—No lo sé. Supongo que al hampa.

Carella permaneció en silencio un largo rato. Ella lo aprovechó para observarle a placer, fijándose en cada detalle de su rostro, en la fortaleza que delataba su recia musculatura, en la relampagueante inteligencia que brillaba en sus ojos del color del acero... y de repente dijo:

—Dígame qué es usted..., ¿ha dicho que se llama Carella?

—Frank Carella.

—¿Y...?

—Mi vida no importa ahora. No soy policía y eso debería bastarle.

—Tampoco es un delincuente vulgar.

—Olvídelo.

—Me gustaría conocerle mejor, ¿sabe? Me intriga... y en cierto modo me inspira temor. Hay una especie de sensación incomprensible a su alrededor...

—No hay nada raro en mí. ¿Está segura que se puede decirme nada más de interés? Quizá si reflexiona un poco se le ocurra

cualquier otra cosa, a lo mejor algún nombre pronunciado por Tim en un instante determinado.

—No... Espere —exclamó repentinamente—. Recuerdo que aquella noche... cuando llegó, mientras se cambiaba de ropa, dijo que Muriano se iba a encontrar con la horma de su zapato...

—¿Muriano?

—¿Significa eso algo para usted?

—En absoluto. ¿Está segura que mencionó ese nombre?

—Por lo menos, todo lo segura que me es posible teniendo en cuenta que apenas le escuché.

—Muriano... ¿Quién demonios debe ser ése?

Se levantó. Ella le acompañó a la puerta. Se miraron fijamente antes de separarse. Al fin, fue la mujer quien murmuró:

—Me gustaría volver a verle, amigo... Vuelva por aquí alguna vez.

—Seguro.

Descendió las escaleras y salió a la calle. Se detuvo en la acera para encender un cigarrillo.

Acababa de colocárselo entre los labios cuando empezaron a disparar.

CAPÍTULO V

UN PEQUEÑO INFIERNO

Carella obró por puro instinto. Se zambulló de cabeza cuando los proyectiles zumbaban a pocas pulgadas de sus cabellos. Rodó sobre sí mismo buscando la protección de los coches estacionados, y cuando golpeó con la espalda la carrocería de uno de ellos ya tenía la «Magnum» empuñada.

Descubrió que los disparos procedían de la acera de enfrente y que eran dos los asaltantes. Incluso localizó sus posiciones, bien parapetados detrás de la fila de coches del otro lado.

Ahogó una maldición porque todo aquel estrépito atraería a los policías en pocos segundos. Al mismo tiempo, el salvaje instinto de cazar a cualquier asesino con sus propios medios le asaltó. Contuvo así sus ansias de abrir fuego y, arrastrándose, buscó una posición más ventajosa desde la cual devolver el plomo que le mandaban.

Escuchó el choque de las balas contra las carrocerías. En alguna parte, muy lejos todavía, oyó el silbato de un policía llamando a sus compañeros. Entonces se irguió poco a poco junto al brillante morro de un «De Soto».

Todavía aguardó con la mirada clavada en el lugar desde el cual uno de los pistoleros disparaba. Así vio el siguiente fogonazo y, calculando que el hombre empuñaba su arma con la mano derecha, corrigió un poco la posición de su automática y tiró suavemente del disparador.

La potente «Magnum» lanzó su bala blindada de más de cien gramos de peso. El bronco estampido ahogó el del revólver de su enemigo, pero no logró cubrir el grito de muerte que se elevó en la

otra acera.

Ya solamente hubo de concentrarse en un solo pistolero, únicamente que éste no esperó a correr la suerte de su compinche. Echó a correr sin preocuparse de disimular el rápido taconeo de sus zapatos.

Carella saltó a la calzada lanzándose en persecución del fugitivo. Los silbatos de la policía resonaban ya más cerca. Vio la oscura silueta de su enemigo cuando llegaba a la esquina y disparó, pero el otro logró doblarla y desaparecer.

Una voz autoritaria gritó una orden en alguna parte. Le respondió un estampido. El pistolero no vacilaba en disparar contra los policías.

Carella llegó a la esquina, Pudo vislumbrar al que huía y de nuevo abrió fuego, esta vez repetidamente, plantado en la acera como un poste, notando cómo la «Magnum» se estremecía dentro de su mano a cada nuevo balazo.

Vio que el hombre dejaba de correr y golpeaba contra la pared, como si quisiera zambullirse en ella. Luego rebotó y estuvo dando traspiés como resistiéndose a caer.

Carella ya no disparó más. Decidió acercarse al hombre para tratar de obtener beneficios de la situación, Pero en el mismo instante, de un bulto que estaba caído en el suelo, cerca del pistolero, surgió un solitario disparo y el tipo dejó de bambolearse empujado por la gruesa bala del «45» del policía moribundo.

Frank guardó la automática y esperó, hundido en el quicio de un portal. Pronto se abrieron otras puertas y comenzaron a salir algunos asustados vecinos. Dos guardias llegaron a todo correr. Sólo cuando los curiosos fueron agrupándose en torno a los cuerpos salió él de su escondrijo para reunírseles pacíficamente.

Trató de distinguir el rostro del frustrado asesino, pero estaba caído de cara sobre la acera y no lo consiguió. Los guardias llegaron dando gritos. Otros más se les unieron para imponer orden, apartando a los curiosos.

Uno de ellos se inclinó al lado de su compañero caído. Otro preguntó:

—¿Está muerto?

—Sí...

—¿Y el otro?

—Debe estarlo, y si no lo está le volaré la cabeza yo mismo —barbotó el guardia, rabioso por la muerte de su camarada.

Con el pie le dio vuelta al corpachón del pistolero. Alguien sacó una linterna eléctrica y alumbró las contraídas facciones. El policía masculló:

—¡Es Luke Mills!

Frank Carella grabó ese nombre en su mente y aprovechó la confusión reinante para retroceder hasta la casa donde vivía Venus Hood, subió las escaleras apresuradamente y una vez más llamó a la puerta de la muchacha.

La voz de ella no tardó en indagar desde el otro lado:

—¿Quién está ahí?

—Carella. Abra la puerta.

—¡Oh, usted...!

Abrió y él entró rápidamente, cerrando a sus espaldas. Ella le miraba con sus grandes ojos muy abiertos.

—He pensado que todos esos tiros estaban relacionados con usted, pero no me he atrevido a salir.

Frank acercóse a ella lentamente. Había un brillo salvaje en sus pupilas grises.

—Es usted muy linda —masculló—. Lástima que sea una zorra a la que habrá que amordazar de una vez por todas. ¿Pensó que sus amigos me habían despachado?

—¿Mis amigos? ¿Cómo puede creer que yo...?

—Usted los ha llamado por teléfono cuando he entrado aquí la primera vez. No se me ha ocurrido recelar entonces, cuando me ha dejado solo unos minutos, pero le ha faltado tiempo para telefonar a alguien diciéndole que un entrometido estaba aquí para hacerle preguntas sobre Polnik, y que no se trataba de ningún policía. ¿Se atreve a negarlo?

Ella tragó saliva. Estaba mortalmente pálida.

—¡Claro que lo niego! —exclamó con vehemencia—. No he telefonado a nadie... No hay otro teléfono en todo el apartamento excepto ese de la mesita.

—Vamos a comprobarlo inmediatamente.

Un rápido vistazo le convenció de que ella decía la verdad en cuanto al teléfono. Preocupado, volvió al lado de la mujer mirándola con helada fijeza.

—Tal vez esté diciendo la verdad —gruñó—. Pero no me explico cómo esos tipos estaban abajo, esperándome.

Ella se dejó caer en una butaca, arrebujándose en su bata igual que si experimentase un tremendo frío.

—Quizá le han seguido —dijo—. Sea como sea, yo no tengo nada que ver con eso... ¿Cómo puede siquiera imaginar que sea capaz de una cosa tan espantosa?

—He conocido mujeres que me hubieran cortado el cuello si les hubiese dado la más pequeña oportunidad.

Repentinamente, se le ocurrió que posiblemente había sido el reportero borracho quien diera la voz de alarma entre la gente que trataba de desenmascarar. Y si era así se prometió ocuparse de Darrow muy pronto.

—Está bien, muchacha —dijo entre dientes—. Voy a dar crédito a sus afirmaciones de inocencia, Pero de ahora en adelante mejor será que adopte usted algunas precauciones. Si han intentado matarme deben saber que me he puesto en contacto con usted... No corra riesgos inútiles.

—Pensaba abandonar esta ciudad... ahora lo haré sin vacilar más. Los cinco mil dólares que Tim me dejó servirán para instalarme en cualquier otro sitio...

Carella asintió con un gesto, trató de forzar una sonrisa y abandonó nuevamente el apartamento.

La calle bullía de curiosos y policías. Habían llegado varios coches-patrullas, cuyas luces rojas sobre el capot giraban sin cesar, esparciendo destellos luminosos a todo alrededor.

Ocupados con los cadáveres y en contener a la multitud, ningún policía se fijó en él cuando se alejó en dirección contraria a la esquina.

Antes de entrar en la pensión donde se alojaba dio una vuelta por los alrededores, pero no logró ver el menor síntoma de peligro. Todo estaba tranquilo y normal.

El vestíbulo aparecía desierto, con una débil bombilla alumbrando el cuchitril de Benny, pero el hombrecillo con cara de rata no estaba a la vista.

Subió lentamente las escaleras, abrió la puerta de su habitación y tras cerrarla a sus espaldas tanteó la pared en busca del interruptor.

Cuando la luz se encendió vio a los dos hombres cómodamente sentados en la cama. Ambos empuñaban revólveres que le apuntaban y tanto el uno como el otro tenían todo el aspecto de quien sabe qué debe hacerse con un revólver.

—Tranquilo, amigo —advirtió uno de ellos—. No haga tonterías.

—Presumo que la tontería la han hecho ustedes al meterse aquí. ¿Qué demonios pretenden?

—Bueno... queremos charlar un poco con usted antes de matarlo.

Lo dijo con una voz suave y letal. Carella supo que aquellos hombres le matarían sin que sus pulsos se alterasen lo más mínimo.

CAPÍTULO VI

EL JUEGO DE LA MUERTE

—¿Por qué? —dijo solamente.

—Siente demasiado interés por los asuntos de los demás. Eso no es sensato.

—Ni saludable —retrucó el otro asaltante.

Los helados ojos de Carella les estudiaron profundamente.

—¿A qué clase de negocio están refiriéndose?

—Como si no lo supiera. Oiga, ¿cómo se le ocurrió volver a usar ese nombre?

—¿Qué nombre?

—Frank Carella. Eso ha sido una estupidez por su parte.

—Es el mío. ¿Por qué debía haberlo cambiado?

Se echaron a reír.

—¿Con quién crees que estás hablando, camarada?

Se encogió de hombros.

—¿Puedo fumar? —preguntó.

—No. Quiero verte las manos sobre la cabeza... Tú, Pedro, regístrala.

El nombre le chocó. Identificó entonces el ligero acento que ya había advertido en la pronunciación del que llevaba la voz cantante.

Pedro dio un rodeo para colocarse a su espalda. En unos segundos le hubo arrebatado la «Magnum», tras asegurarse de que no llevaba otra arma.

—Ahora podemos charlar en paz... Estuviste de suerte al escapar del accidente, pero de nada te sirvió si ahora te damos el pasaporte

para el infierno.

—Ustedes están en un error. ¿Qué es eso de un accidente?

Los dos hombres se miraron. Parecían más bien divertidos por la actitud de Carella.

—¿Oyes eso, Batista? —cacareó Pedro, haciendo alarde de una perfecta pronunciación en inglés, a pesar de su leve acento español que no podía disimular del todo—. El amigo no sabe de qué accidente estamos hablando.

—Quizá no sabe leer.

Se echaron a reír, pero fue una risa hueca que no contenía ni un átomo de humorismo. Pedro fue el primero en recobrar la helada seriedad que rubricaba con su revólver.

—Te interesas por un tipo llamado Kowalsky. Haces preguntas y más preguntas. ¿Por qué?

—Me debía mucho dinero. Me estafó. Todo lo que quiero es recuperar lo que quede de esa cantidad.

—¿Cuánto dinero?

—Cinco mil.

—¿Cuándo te estafó esa cantidad?

—Hace bastante tiempo.

—¿Por qué no se la reclamaste a él cuando vivía?

—No supe dónde estaba hasta que leí en los periódicos que le habían matado de dos tiros en la barriga.

—¿Y eso te impulsó a venir?

—¿Qué otra cosa? Pensé que las heridas de la barriga no matan instantáneamente, de modo que quizá antes de morir pudo decir algo sobre el paradero del dinero.

—¿Ésa es la historia completa?

—Poco más o menos, sí.

—Nos toma por tontos, Pedro —graznó el silencioso Batista.

—Le demostraremos que no lo somos, aunque no tenga tiempo de aprender la lección. Eres un pistolero barato, Carella, un gángster condenado a muerte y que sólo está viviendo de prestado. No debiste meterte en esto ya que tuviste la suerte de escapar cuando el coche se despeñó.

—Sigo sin entender una maldita palabra de lo que están hablando.

—Oh, vamos, no sigas. Tú eres Frank Lloyd, y el de Frank

Carella es vino de tus nombres falsos. Un periódico de Nueva York lo especificó cuando dio el reportaje de tu fuga. No vamos a engañarnos ahora. Sabemos que has venido aquí para seguir con lo que Kowalsky empezó, pero al igual que él es un asunto demasiado grande para un miserable pistolero.

—¿Nos vamos, Pedro? —urgió Batista—. Ese tipo me da escalofríos.

—No puede hacer nada.

Carella se limitó a preguntar con calma:

—Tal vez si me entero de lo que estaba haciendo Kowalsky sepa a qué atenerme. ¿Por qué no me lo cuentan de una vez y dejamos de jugar a los acertijos?

—Hay que ver lo tozudo que es —refunfuñó Pedro—. Mire, amigo; ya hemos hablado bastante. Debió quedarse en Nueva York. Ahora va a salir de aquí con nosotros, sin violencias si sabe lo que le conviene. Tú, Batista, echa un vistazo fuera.

El aludido abrió la puerta y se asomó al pasillo.

—No hay nadie.

—Andando, Lloyd.

—Están rematadamente locos. Soy Frank Carella y...

—¡Oh, basta ya! Ande, hermano y no me apure más...

Le empujaron fuera de la habitación. Ninguno de los dos pudo advertir la especie de mueca semejante a una sonrisa que cruzó los labios de Carella mientras andaba pasillo abajo hacia las escaleras.

En la calle tenían un gran «Dodge» negro. Batista se acomodó ante el volante, mientras Pedro empujaba a Carella hacia el compartimiento trasero.

Cuando estuvieron en marcha, Pedro gruñó:

—Ya sabía que los gangsters americanos no son inteligentes, pero usted ha demostrado que incluso pueden ser estúpidos. ¿Creyó de veras que iba a hacerse con el negocio?

—En primer lugar, no sé de qué maldito negocio me hablan. Tampoco comprendo por qué liquidaron a Kowalsky ni qué estaba haciendo él cuando lo mataron... A propósito, supongo que fueron ustedes quienes le dieron el pasaporte...

Tras un breve silencio, Pedro habló:

—Alguien hizo el trabajo por nosotros. Pero le hubiéramos matado de haber tenido oportunidad.

De repente, Carella le espetó:

—Ustedes son cubanos.

—¿Y qué?

—Sólo quería estar seguro. ¿De qué lado de la barrera están?

—¿Oyes eso, Batista?

—Qué te parece —rió el conductor.

El prisionero se removió como si buscara una postura más cómoda. Instantáneamente, el cañón del revólver se hundió en su costado como mortal advertencia.

—Tenga cuidado, Lloyd —refunfuñó Pedro—. Un balazo en las tripas es algo que duele una barbaridad.

—Kowalsky no debió tener cuidado, porque le metieron dos.

—Oh, deje de hablar de Kowalsky. Me cansa. ¿Por qué no son ustedes más inteligentes?

Reinó un largo silencio mientras el coche se deslizaba rumbo a la salida de la ciudad. Carella miró por la ventanilla y advirtió que el tráfico iba aclarándose paulatinamente. Pronto rodarían por carretera abierta. Se preparó para la acción.

No obstante, deseando mantener distraído a su vigilante, dijo:

—¿Por qué no me llevan ante su jefe y allí lo aclaramos todo? Puedo sacarles de su error si me dan una oportunidad. Yo no soy ese Lloyd de que hablaban.

—El jefe está demasiado ocupado para perder el tiempo con basura como usted. Y cierre la boca.

De pronto, el silencioso Batista exclamó, muy divertido con la idea:

—Se me ocurre que cuando despachemos a éste deberíamos pedir una recompensa. Debe haber un premio por la captura de un condenado a muerte fugitivo, ¿eh?

De nuevo volvieron a reír como si no tuvieran otras preocupaciones en su vida. Carella apretó las mandíbulas ante la imposibilidad de sacarles el menor dato.

—Están comportándose como dos idiotas —les espetó—. No saben siquiera quién soy, me confunden con un escapado de la justicia, hablan y hablan y no dicen una maldita cosa. Si todos los hombres con que cuentan son como ustedes uno se explica que coseche tantos fracasos en todos los terrenos.

La mano izquierda de Pedro volteó y fue a estrellarse contra su

cara. Fue un golpe seco que no logró aturdirle, pero sí le dolió.

—¡Cierre la boca! —gritó.

—Se ha enfurecido usted por primera vez —comentó Carella con forzada calma—, lo cual se presta a dos interpretaciones... Quizá no son favorables a su Gobierno a fin de cuentas y han tomado mis palabras por un insulto... o, por el contrario, son tan fanáticos de éste que matan y atropellan en un país extranjero sin preocuparse de las consecuencias.

—Éste es un problema que usted no podrá ver solucionado, pero ya que va a morir le diré que somos de los contrarios. Luchamos contra ese Gobierno en todos los frentes.

—En todo caso, mantienen una lucha muy singular... y alejada de todo riesgo.

De nuevo la mano libre de Pedro golpeó su cara con brutal impacto.

Sólo que esta vez Carella había estado esperando el golpe. Para pegárselo, Pedro se vio obligado a ladear el cuerpo, con lo cual el revólver se desvió unos instantes de su objetivo.

Como un rayo, atenazó la mano armada aferrando el percutor a un tiempo para que no pudiera disparar. Pedro dio la voz de alarma, pero el grito se trocó en histérico alarido cuando Carella hizo súbita presión en el revólver y le rompió el dedo que seguía en el guardamonte.

Pedro se echó atrás a causa del dolor que sentía en su dedo fracturado. El revólver quedó en manos de Carella en el instante que Batista aplicaba los frenos y empezaba a volverse en su asiento delantero.

—Está bien. Batista, sigue adelante y nada de tonterías.

Remachó la orden acariciándole la nuca con el cañón del arma y el conductor soltó un gemido y reanudó la marcha del auto.

—Eso está mejor —comentó Carella recostándose en el asiento—. Empezaba a ponerme nervioso. Ahora vamos a hablar con más sentido común... ¿Quién les avisó de que me interesaba por Kowalsky?

—Tenemos contactos, amistades...

—¿Quién, Pedro?

—¡No lo sé! ¿Cree que nos dicen los secretos de la organización? Somos simples luchadores, no jefes.

—Simples pistoleros en todo caso.

—No quiera equiparamos a su baja estofa, Lloyd. Usted es un condenado a muerte que tuvo la suerte de escapar, eso es todo.

—Estamos hablando de ustedes ahora. ¿Quién dirige su grupo y qué clase de jugada está en marcha?

—Hace preguntas que no puedo contestar.

Carella hizo un gesto de fastidio.

—Muy bien si lo prefieres así... Tú, Batista, devuélveme mi automática y cuidado cómo lo haces.

Con precaución, el chófer sacó la «Magnum» y sin volver la cabeza la pasó por encima de su hombro. Carella se apoderó de ella, guardándola en su funda.

En aquel preciso instante Pedro creyó ver su oportunidad y saltó sobre Frank con todo su ímpetu. Sólo que sufrió un tremendo error al catalogar a su forzado viajero como a un pistolero barato.

Recibió el balazo un poco más arriba del cinturón, en el costado derecho. La bala desgarró su cuerpo al salirle por la espalda y él comenzó a chillar con voz aguda, retorciéndose hasta caer sobre la alfombrilla de goma.

Batista, muy pálido, volvió a medias la cabeza.

—¡No debió hacer eso, maldito! —aulló.

—El se lo buscó. Siga adelante y ponga atención en lo que hace.

Pedro había dejado de chillar y sus ojos muy negros estaban fijos en el hombre que acababa de meterle un balazo con una frialdad estremecedora.

—¡Por favor, mi médico! —gimió—. Deje que Batista me lleve a un médico... estoy desangrándome...

—Se me parte el corazón —barbotó Carella con los dientes apretados—. No te verá un médico hasta que hayas hablado. ¿Qué clase de negocio es el que está en marcha?

—No lo sé. No nos dicen estas cosas... Un médico...

La sangre saltaba a borbotos por la herida. Carella dijo:

—¿Quién les avisó que yo estase aquí?

—El dueño... de la pensión... Benny...

—Ya veo.

—El dijo que había venido usted en pos de Kowalsky... creímos que quería seguir adelante con lo que él estaba haciendo... ¿Va a llevarme a un médico ahora?

—No. ¿Qué estaba haciendo Kowalsky que le convirtió en importante?

—Eso tampoco nos corresponde saberlo a nosotros... sólo recibimos órdenes.

—Forzosamente deben tener una idea del negocio que está desarrollándose ante sus narices. Ustedes trabajan contra su Gobierno según entiendo, pero lo hacen actuando como pistoleros. No creo que se comporten así sin saber por qué están jugándose la vida.

Desde su puesto ante el volante, Batista dijo:

—Déjelo en paz. No nos dicen nada. Sabemos por lo que luchamos, pero eso es todo.

—¿Y por qué luchan ustedes?

—Por nuestra patria.

—Y los del bando contrario dicen lo mismo... Muy curioso. Pero maldito lo que me importa a mí su patria, bastardo. Todo lo que yo sé es que iban a matarme sin titubear y eso es lo que cuenta a la hora de decidir lo que voy a hacer con ustedes.

—Un médico...

La voz de Pedro se debilitaba por momentos. Carella le miró fríamente.

—Para el coche —ordenó de repente.

Batista obedeció.

—Abajo.

También descendió del auto. El revólver apuntaba directamente a la cabeza de Pedro cuando Carella ordenó nuevamente:

—Saca tu revólver con dos dedos y déjalo caer sobre el asiento... si haces una tontería volveré la cabeza de tu compinche.

Una vez más, Batista obedeció sin rechistar. Sólo entonces el hombre que les había vencido abandonó el auto, siempre con el revólver en la mano, y siguió dando órdenes:

—Saca a Pedro de ahí.

Una vez despejado el auto, Carella se instaló ante el volante. Batista empezó a protestar, pero le atajó con voz seca:

—He visto una cabina telefónica a unos cien metros atrás. Puedes llamar a tu camarilla para que vengan a recogeros. La próxima vez que nos veamos habrá que llamar al sepulturero...

Puso en marcha el auto, le dio vuelta en medio de la carretera y

emprendió el camino de regreso a toda marcha. Batista, muy pálido, no comprendió por qué aquel hombre les dejaba vivos, sabiendo que no abandonarían la partida por ese primer tropiezo.

El no podía saber que el implacable jefe de *Los Justicieros* tenía sus propias ideas sobre la conveniencia de dejarles vivir, sólo para que siguiera circulando la voz de que Frank Carella, el supuesto Frank Lloyd, iba tras las huellas del difunto Kowalsky...

CAPÍTULO VII

COMPÁS DE ESPERA

Encerrado en un teléfono, consiguió la comunicación a larga distancia cuando ya casi amanecía. Se maravilló de que hubieran sucedido tantas cosas en tan pocas horas.

Una voz soñolienta barbotó algo al otro extremo de la inmensa distancia.

—Quiero hablar con el secretario de Justicia. Aquí Frank Carella.

—¡Diantres, Frank, ya era hora!

La voz se había despabilado de golpe.

—¿Podemos hablar sin interferencias, señor?

—Adelante.

—Bien, estoy moviéndome en un cenagal que no comprendo, señor. A mi juicio, hay dos organizaciones distintas metidas en esto.

—¿En qué, lo sabe ya, Frank?

—No, señor. Al parecer, se trata de personas exiladas, entre las que hay partidarios de su Gobierno. Cualquiera se entiende entre esa gente. Ya han tratado de eliminarme dos veces, y por dos pandillas separadas. Los que me llevaban de «paseo» no tenían idea de que ya otros habían estado a punto de volarme la cabeza. Francamente, señor, esto es un embrollo de todos los demonios. Empiezo a dudar de que sea una buena idea hacerme pasar por el pistolero escapado...

—Esa pantalla debe rendirle dividendos dentro de poco, Carella. Sólo tenga cuidado porque hasta mí han llegado rumores muy alarmantes... Tal vez fuera mejor que sus compañeros acudieran

para ayudarlo en caso de apuro.

—Luego comunicaré con ellos. ¿De qué rumores está hablando, señor?

—En primer lugar, Frank... ¿Ha oído el nombre de Boris Salev alguna vez?

Los dientes de Carella rechinaron salvajemente.

—Puede apostar a que sí, señor...

—Fue el encargado de reducir a sangre y fuego la rebelión húngara, aunque su nombre jamás sonó públicamente en relación con esa matanza en masa. Ahora está inscrito en la embajada soviética como agregado cultural...

—Toda la cultura que ese hombre puede proporcionar está concentrada en el cañón de una pistola...

—No deje que sus sentimientos personales nublen su visión del conjunto, Frank. Bien, Salev ha salido de vacaciones. Tomó el avión de Miami ayer tarde.

—Ya veo...

—Manténgase apartado de él. No nos interesa un conflicto internacional ahora. ¿Podrá usted reconocerlo si lo ve?

—Reconocería su cara entre un millón, señor. Lo que me preocupa es que ande mezclado en esto. Su intervención aumenta la importancia de este asunto hasta el infinito.

—¿Ha tenido dificultades con la policía?

—Todavía no. Al parecer, mi nombre sólo ha corrido por entre los grupos interesados en la muerte de Kowalsky.

—¿Sabe ya quién lo mató?

—No sé nada de nada, señor. Estoy moviéndome en círculos esperando que surjan acontecimientos que me lleven a ver un poco de luz en esta oscuridad. ¿Tiene algún otro informe para mí?

—Ninguno. Sólo le recomiendo encarecidamente que trate de averiguar la verdad de todo esto. Hay implicados muchos intereses internacionales que pueden volverse extremadamente peligrosos.

—Lo recordaré. Buenas noches, señor.

—Mejor será que diga buenos días... A pesar de la diferencia de horario, me ha pillado durmiendo.

Colgó, esperó unos segundos y realizó otra llamada a larga distancia, esta vez a Nueva York, a cierto departamento sencillo y confortable en el cual tres hombres dormían por turnos.

Una voz recia y que sonaba un poco abrupta por el auricular gruñó:

—Habla Rugolo.

—Aquí Carella.

—¡Muchacho! Estábamos impacientes por ponemos en movimiento.

—Está bien, quizá llegue un momento que haya demasiado ajetreo. ¿Dónde están los otros?

—En las habitaciones, durmiendo.

—Bien, sácalos de la cama. Podéis emprender el viaje cuanto antes, pero tal como planeamos, por distintos medios y rutas. No conviene que lleguéis aquí juntos.

—Perfecto, Frank. ¿Cómo están las cosas por Miami?

—Condenadamente mal. Tenéis habitaciones reservadas en el «Paradise Hotel», pero es necesario que se sigan las instrucciones primitivas para evitar posteriores disgustos.

—Descuida.

—¿Qué hay de los periódicos?

—Una maravilla. Ya apenas hablan del accidente, pero todavía siguen interesándose por la fuga de Frank Lloyd.

—Bueno, a mí ya me han identificado aquí... espero que la cosa empiece a moverse pronto.

—¿Cuándo debemos llegar a Miami?

—Cuanto antes, mientras sea escalonadamente.

—¿Te pondrás tú en contacto?

—Seguro.

—Suerte, muchacho.

Colgó, encendió un cigarrillo y salió a la calle. A una travesía de distancia estaba la pensión y a ella se encaminó pensativamente.

Las calles empezaban a animarse. Gentes apresuradas andaban en todas direcciones, multitud de coches se lanzaban a la batalla diaria por el espacio y las armas de casa se aprestaban a luchar con el presupuesto familiar.

Carella se aisló del movimiento que le envolvía. Y cuando, al entrar en el vestíbulo vio a Benny acurrucado detrás de su cuchitril, una mueca distendió sus labios.

El viejo dio un respingo al verle entrar. Se levantó y, muy pálido, estuvo mirándole igual que hipnotizado.

—¿No esperabas volver a verme, Benny? —rezongó Carella.

—Yo... no sé qué insinúa...

—Avisaste a un grupo de pistoleros que yo había llegado haciendo preguntas sobre Kowalsky. Sólo por eso iban a darme el pasaporte.

—Está equivocado. Yo no...

—Pistoleros cobardes, Benny.

—¡No sé nada de todo esto!

—Tú los llamaste. ¿Por qué, Benny?

—Escuche, no sé qué...

—Déjate de teatro. Han confesado ellos mismos sin pensarlo mucho. Y te diré también que Pedro tiene un plomo en su cuerpo. Eso te demostrará que no me siento de humor para soportar tus embustes. ¿Cuánto te pagan por estar de su parte?

El escuálido individuo pareció recibir el peor insulto que le pudiera ser inferido. Se irguió todo lo que le permitió la esmirriada estatura y barbotó entre dientes:

—¡No me pagan un céntimo, no lo aceptaría!

—Entonces, ¿por qué, idealista?

—No sé lo que es eso.

—Pero les ayudas. Me has delatado a ellos, y todo porque pregunté por Kowalsky, lo que indica, sin lugar a dudas, que fueron ellos quienes le mataron... Voy a tener que mostrarme rudo contigo, abuelo.

—Mire, no puede hacerme nada. Si está metido en dificultades mejor será que se busque otro alojamiento. Le devolveré su dinero y...

—Me agrada tu pensión, Benny. Y me gusta tu voz, así que habla y pronto. ¿Por qué me delataste a esos pistoleros? Si no te pagan por tenerlos al tanto de esto, ¿por qué estás de su parte?

El viejo volvió a sentarse. Pareció súbitamente que sus piernas no podían sostenerlo y hasta su mirada húmeda se volvió implorante.

—Usted no lo entendería —dijo con voz ronca—. A fin de cuentas, no es más que un gángster fugitivo...

—¿Y qué con eso?

—No podría comprender mis razones por ayudar a esos tipos.

—Prueba a ver.

Levantó la cabeza. Lo que vio en Frank Carella le produjo escalofríos y rehuyó la mirada de aquellos ojos de hielo. Pero habló, en un tono que apenas se le oía:

—Mi hijo fue muerto en esa nación... fusilado. Dijeron que había sido juzgado y condenado por espionaje...

—¿Y era cierto?

Sacudió la cabeza.

—No. Mi pobre Jim fue allí como turista... Quería saber hasta qué punto el régimen que ahora gobierna aquello había favorecido a su pueblo... Jim pertenecía a un grupo universitario de ideas avanzadas. Y mientras estaba allí se produjo un ataque en contra de los gobernantes... y le fusilaron por el solo delito de ser yanqui...

—Comprendo.

—Desde entonces, hago todo cuanto puedo por los enemigos de ese maldito régimen.

—Te creo... Ahora, veamos por qué me delataste. ¿Qué sabías tú de Kowalsky, para que el hecho de preguntarte por él me hiciera sospechoso?

—Ese Kowalsky de que habla era un hampón de mala muerte. Hacía algunos trabajos para los pistoleros afectos a ese Gobierno que operan aquí, contra los refugiados... y últimamente parece ser que andaba metido en algo grande.

—¿Por eso lo liquidaron?

—Yo no sé nada de su muerte.

—Pero sabes que lo mataron esos tipos a quienes tú avisaste de mi llegada.

—Escúcheme, todo lo que yo hago es tenerles al corriente de cualquier cosa que pueda interesarles, de los rumores que corren respecto a las organizaciones contrarias, de los hombres que investigan este barrio en busca de activistas... Pero no sé nada de sus manejos, ni de cómo actúan. Ni quiero saberlo, ¿entiende?

—Sí, creo que sí. Ahora, dime, ¿por qué me indicaste el nombre de Tony Darrow, el reportero?

—Porque fue quien más escribió sobre Kowalsky, y quién en definitiva parece ser que le conoció de cerca. Pensé que él podría aclararle a usted lo que quería saber.

—Y al mismo tiempo avisaste a tus amigos, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Comprendo... a tu manera, crees que jugaste limpio. No importa, puesto que he salvado el pellejo. Pero voy a decirte algo, abuelo, que tal vez te de materia para comunicar a tus amigos: antes que ellos me echasen el guante para llevarme de «paseo», otros asesinos a sueldo trataron de matarme a tiro limpio. Eran dos hombres. Uno sé cierto que era norteamericano. Murió. El otro no pude averiguar qué identidad era la suya. Y ahora, piensa quién pudo mandar a esos dos pistoleros... puesto que tú solo avisaste a Pedro y Batista, o a los jefes de esos dos.

—Me parece que ahora es cuando no entiendo una palabra.

—Más fácil... Sólo tú y ese reportero borracho sabían de mi interés por el asunto Kowalsky. Tú me delataste a la facción contraria al régimen. Alguien más debió avisar a los que lo defienden, alguien a sueldo de ellos...

Esta vez, el viejo dio un salto y su silla golpeó la pared.

—¡Cielos! —jadeó—. ¡Darrow!

—Será mejor que pienses en eso.

Carella cortó el diálogo dirigiéndose hacia la escalera. No encontró dificultades en su habitación, de modo que cerró la puerta por dentro, colocó una silla apoyada contra el tirador y se durmió tan pronto su cabeza cayó sobre la almohada.

CAPÍTULO VIII

VISITAS SORPRENDENTES

Carella oyó unos débiles golpes en la puerta y abrió los ojos. Por la ventana entraba una claridad mortecina, Se preguntó cuánto tiempo habría dormido de no despertarle aquella interrupción.

Los golpes se repitieron, un poco más fuertes.

—¿Quién? —gritó, soñoliento.

—Por favor... déjeme hablar con usted, señor...

Dio un respingo al oír la asustada vocecilla de una muchacha. Era una voz bien modulada, dulce a causa del fuerte acento que delataba.

—Un momento —exclamó, vistiéndose a toda prisa.

Cuando abrió la puerta sólo se había puesto los pantalones. Iba descalzo y el frío de las baldosas le despejó en parte. Su poderoso torso al descubierto parado asustar todavía a la jovencita que le miraba con sus grandes ojazos negros.

—Usted es el señor Carella...

—Ciertamente. Entre.

Cerró y se la quedó mirando. No dudó ni un instante que se trataba de una muchachita de extraordinaria belleza, con un cuerpo firme y cimbreante como el talle de una palmera, pequeños y altivos senos y un rostro casi infantil en el cual se reflejaba el miedo.

—Está bien, no voy a comerte —dijo, tratando de dar a su voz un tono festivo—. ¿Quién eres, linda?

—Dolores...

—¿Y...?

—Yo... quiero pedirle un favor, señor.

—Muy bien, siéntate y empieza por decirme quién te ha dicho que vinieras a verme.

Ella le miró como si hubiera proferido una blasfemia.

—Nadie, señor. He venido por mi iniciativa...

—¿De veras? Bien, entonces dime cómo me has encontrado.

—Porque ellos hablaban de usted... Yo los he oído.

—¿Quieres son «ellos»?

Carella suspiró pacientemente.

—Antonio... y los otros...

—¿Y quién es Antonio? Recuerda que no te conozco, ni a tus amigos tampoco. No comprendo una palabra de todo esto.

—Antonio es mi hermano, ¿sabe?

—Ya veo... ¿Y los «otros»?

—Amigos de él... y hablaban de usted. Ellos... ellos pertenecen a una organización de activistas para luchar contra, el régimen de mi país.

—Por lo visto, todos tus compatriotas que vivan aquí están afiliados a uno de los dos bandos. ¿Y qué tiene eso que ver conmigo, pequeña?

—Muy sencillo... porque no quiero que usted mate a Antonio... o que él le mate a usted.

Carella enarcó las cejas, estupefacto. Tras unos instantes de silencio propuso:

—¿Por qué no me cuentas todo esto por orden? Quizá así consiga saber qué es lo que realmente quieres y la razón por la cual te interesas tanto por mí.

Ella hizo una mueca de disgusto. Su voz cobró energía cuando murmuró:

—No comprende, señor... Antonio y los demás planeaban atacarle a usted. Quieren vengarse porque usted dejó muy malherido a Pedro... Éste y Batista les contaron lo que sucedió, ¿entiende?

—De modo que tu hermano y unos cuantos más se proponen terminar lo que Batista y Pedro empezaron...

—Escúcheme... Yo no hago eso por usted. Ellos dicen que no es más que un pistolero que sigue los pasos de otro que murió... un prófugo...

—¿Y qué?

—Estoy aquí por Antonio.

—Más claro, linda.

—¿No quiere comprenderlo? Si le mata se convertirá en un criminal... y sólo tiene diecinueve años... es un chiquillo. Será perseguido por la policía. Y si no puede matarle... usted... usted...

—Quieres decir que yo le mataré a él, ¿no es así?

Ella asintió con un lento movimiento de cabeza, mientras sus grandes ojos no se apartaban del rostro del hombre, suplicantes, brillando como diamantes.

—¿Cuándo vendrán a buscarme?

—Esta noche... Pero usted debe prometerme que no le hará daño a Antonio. Márchese de aquí. Déjenos a nosotros con nuestras amarguras y nuestras esperanzas. Algún día queremos regresar a nuestra patria, pero yo no creo que lo consigamos matando a los yanquis, aunque sean pistoleros.

—El caso es que no puedo irme todavía. ¿Tú sabes por qué desean quitarme de en medio? Yo no lucho contra ninguna facción vuestra.

—Ellos dicen que sí, señor. Saben que quiere apoderarse del negocio que iba a realizar el otro.

—¿Kowalsky?

—Ése es el nombre que pronuncian a veces en voz baja.

Carella reflexionó rápidamente, pero no sacó mucho en limpio de todo eso.

—Mira, pequeña; Kowalsky fue asesinado y yo sospecho que lo mataron los amigos de tu hermano. Sea como sea, han intentado matarme a mí, y no sólo Pedro y Batista, sino otra pandilla que se valen de pistoleros locales. ¿Tú sabes quién capitanea esa organización aquí?

—No...

—¿Has oído alguna vez el nombre de Muriano?

Ella pareció encogerse sobre sí misma, como si hubiera recibido un golpe. Todo el miedo del mundo relampagueó en sus pupilas.

—¡No... usted no...! —jadeó.

—¿Qué demonios sucede ahora? Sólo te he hecho una pregunta.

—Muriano es la muerte, señor.

—¿Cómo?

—Nadie sabe quién o cómo es, pero todo el mundo conoce lo que hace.

—Yo no.

—Es un verdugo... un asesino a sueldo... Se infiltra entre las organizaciones de patriotas, él o sus agentes, y cuando ha descubierto todo lo que quiere hace desaparecer a los cabecillas y dirigentes. Nunca vuelve a saberse de ellos.

—Eso se me antoja fantástico, niña. No pueden volatilizarse los cuerpos de varias personas sin dejar ningún rastro...

—Muriano lo hace.

—¿Sabes su nombre completo?

—José Muriano.

—¿Y nadie lo ha visto jamás?

—Por lo menos, no bajo su identidad. En todo caso, los que lo han visto no han vuelto jamás a sus casas para contarlo.

—Y tú crees que es un verdugo a sueldo...

—Todos estamos seguros.

—Habrá que hacer algo por ese lado también. ¿Sabes, pequeña, que sólo has conseguido confundirme más? Al parecer, hay un negocio en común entre dos grupos. Ambas pandillas han intentado matarme. Y liquidaron a Kowalsky, y luego a un guardia que escuchó lo que Kowalsky dijo antes de morir...

—No le comprendo, señor.

—Me gustaría estar seguro de que eres tan inocente como aparentas, pequeña. Quizá te han mandado aquí como una especie de gancho, y si es así no vas a pasarlo muy bien.

Ella le miró largamente con sus inmensos ojos muy abiertos, sin parpadear, como hipnotizada. Después, sus pupilas descendieron recorriendo con la mirada el rostro del hombre.

—No le tengo miedo —susurró de pronto.

—No he querido asustarte en ningún momento.

—Ellos dicen que es un asesino... un condenado a muerte que sólo busca obtener un beneficio a costa nuestra. Pero yo no lo creo...

—Me sorprendes...

—Nunca he visto hombres como usted... con esa expresión en el rostro, y esos ojos que dan escalofríos... y es grande y fuerte, más que todos los hombres que he conocido. Pero sé que nunca me haría

daño... ni se lo hará tampoco a mi hermano.

—Sabes más que yo mismo —refunfuñó Carella.

—Lo leo en su rostro, en su mirada velada por la amargura... Un pistolero no conservaría dentro de sí tristeza por nada. Y usted sí.

—Que me aspen... ¿De qué estás hablando?

Ella sonrió y Carella sintióse súbitamente turbado.

—Adiós, señor... Usted se irá, ¿verdad? No dejará que Antonio le encuentre. Sé que lo hará.

—Haré cuanto pueda para que, tu hermano no resulte lastimado, pero no puedo marcharme. Dime dónde podré encontrarte si quiero verte alguna vez, pequeña.

—¿Por qué quiere verme después que me haya marchado de aquí?

El se encogió de hombros.

—No lo sé. Uno nunca sabe lo que puede resultar de un asunto como éste.

—Vivo en la calle Quitman, en el número once, pero usted no debe venir allí... nunca. La inmensa mayoría de la gente del barrio somos paisanos... y están al lado de mi hermano.

—Ya veo. Adiós, pequeña.

—Me alegro de haber venido —dijo, y salió.

Carella se rascó la nuca, perplejo. Era una visita descabellada, que sólo podía explicarse por tratarse de una chiquilla sin experiencia, demasiado preocupada por la suerte de su hermano. Pero se alegró también de haberla conocido, aunque sólo fuera porque con su aviso no podrían cazarle desprevenido.

Acabó de vestirse rápidamente. Al dar un vistazo al reloj se asombró de que fueran ya las últimas horas de la tarde.

Acababa de colocar la pesada «Magnum» en la funda cuando una vez más alguien llamó a la puerta, sólo que en esta ocasión lo hicieron con golpes cargados de energía.

Carella se deslizó a un lado de la entrada. Desde allí dijo:

—La puerta está abierta.

Empuñó la automática, Entraron dos hombres, y ambos llevaban revólveres de reglamento y no tardaron ni un segundo en localizarle a pesar de la puerta abierta.

—Y bien, ¿quién dispara primero? —Gruñó, moviendo levemente la pistola.

Los dos intrusos cambiaron una mirada. Durante una fracción de segundo pareció como si no supieran qué hacer con los revólveres. Carella añadió:

—No sé si están dispuestos a tirar del gatillo o no, pero por mi parte voy a hacerlo inmediatamente si no dejan caer las armas al suelo...

—Podrá matar a uno de nosotros, pero no al otro... y usted caerá también.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—Hay otros policías abajo, vigilando la salida. No podrá escapar de ninguna manera, Lloyd, tanto si dispara como si no...

—De modo que policías... Debí suponerlo.

Poco a poco bajó la mano armada. Uno de los otros se apresuró a quitarle la «Magnum» de la mano y Carella le advirtió:

—Cuidado con ella, amigo. No me gustaría perderla.

El hombre enarcó las cejas.

—¿Has oído eso, Charney? Piensa recuperar este petardo.

—Cállate. Y usted, Lloyd, salga sin tratar de escapar y todo irá bien. No nos complique la vida.

—Mi nombre es Frank Carella, no Lloyd. ¿Qué demonios pretenden?

—Sí, ya sabemos que se hace llamar Carella. Andando.

Se encogió de hombros. Había contado con que le echasen el guante, pero no tan pronto. No obstante, obedeció y descendieron las escaleras uno tras otro.

En el vestíbulo, tal como el policía había anunciado, habla dos guardias de uniforme armados de rifles de repetición. Otros dos montaban guardia en la acera y uno más esperaba junto a un coche policíaco de los del tren que había alineados en la acera.

Carella miró aquel despliegue de fuerza y gruñó:

—Sólo les falta una bandera y cascos de acero...

—Adentro.

El policía uniformado tomó el volante. Sus dos captores se acomodaron uno a cada lado de él en el asiento trasero. Entonces, el llamado Charney comentó:

—¿Sabe usted, Lloyd? Contábamos con que organizaría usted una batalla campal antes de rendirse...

—¿Por qué había de hacer semejante tontería? Y les repito que

mi nombre es Carella; Frank Carella.

—Sí, sí, ya lo sabemos. Sólo que hay quien opina de distinto modo. Oiga, ¿provocó usted el accidente para escapar, o fue realmente fortuito?

—Maldito si sé de qué están hablando.

—¡Qué tipo! Apuesto a que tiene licencia para usar ese trabuco que le he quitado.

—¡Por supuesto que la tengo!

—¡Que me ahorquen! —bufó Charney—. Tiene un cinismo monumental.

—Si no nos fusilan por meter la mano en mi bolsillo puedo mostrárselo.

—Yo le sacaré los documentos...

Se encogió de hombros, pero sintió tentaciones de echarse a reír al ver el gesto de estupor de los dos policías cuando leyeren la licencia de armas y sus otros documentos de identidad.

—Y todos a nombre de Carella! —exclamó Charney—. ¿Qué te parece, Doyle?

—Hay verdaderos artistas falsificando documentos y tú lo sabes. Este tipo pagó y alguien le proporcionó todo esto. Aunque de nada va a servirle...

Carella dijo:

—Van ustedes a tener más disgustos de los que imaginan. Oigan, ¿quién es Lloyd?

—El tipo está chalado, Doyle —bufó Charney—. Cree que puede engañarnos...

—Déjalo. Lo identificaremos en el Departamento. Después lo expediremos a Nueva York y que se las entiendan con él. No me gusta el tipo.

—Ni a mí. He leído su historial y produce náuseas.

—No me refiero a eso...

Charney miró a su compañero un tanto sorprendido.

—¿A qué entonces?

—No lo sé, es algo que se desprende de él como si fuera una emanación letal... siento como si a mi lado viajara la muerte, eso es.

—Debes hacer que el siquiatra del departamento te de un vistazo, chico.

—¿Por qué no se callan los dos? —Gruñó Carella—. Ya tendrán tiempo de hablar cuando deban presentarme sus excusas.

—¡Y un demonio le vamos a dar...!

En aquel instante, al coche maniobró y fue a estacionarse en la explanada destinada a los vehículos policiales. Poco después, Carella era introducido en un despacho en el cual otro hombre de cabellos grises y mirada alerta esperaba.

—¿Éste es? —indagó.

—Efectivamente, señor. Frank Carella según sus documentos falsos. Frank Lloyd en realidad.

—¿Ha ofrecido resistencia?

—Ninguna, señor.

El hombre enarcó las cejas.

—Eso resulta sorprendente. ¿Estaba armado?

—¡Y con qué arma! —exclamó el policía, depositando la «Magnum» sobre la mesa.

Carella miró al hombre de cabellos grises. Éste dijo:

—Soy el capitán Goochman, de la Brigada de Homicidios, Lloyd. Éstos son los tenientes Charney y Doyle. Supongo que no necesita usted que se le hagan las advertencias de ritual por su detención, ¿verdad?

—Lo que quiero es que salgan pronto de su error y me dejen en paz.

Goochman dirigió una mirada a sus hombros. Doyle masculló:

—Así ha estado todo el camino, señor. Se aferra a su falsa identidad y no hay manera de sacarlo de ahí.

—Es una estupidez. En menos de cinco horas podemos tener sus huellas dactilares y todas las fotografías que sean precisas para identificarle sin un resquicio de duda. ¿Por qué se aferra a esa historia?

Carella se encogió de hombros pacientemente.

—Pidan esas huellas y todas las fotografías que quieran, pero háganlo de una maldita vez. Estamos perdiendo un tiempo que necesito para otros negocios.

—Es para romperle los clientes —refunfuñó Charney.

El capitán le miró. Había un brillo inusitado en sus ojos cuando ordenó:

—Usted, Doyle; encárguese de solicitar a Nueva York esas fotos,

y las huellas de Frank Lloyd. Dígales que lo tenemos aquí, pero queremos asegurarnos. Que lo remitan todo por radio, ¿entendido?

—Perfectamente, capitán.

Doyle salió presuroso del despacho.

Goochman dijo:

—Síntese. Saque todo lo que lleva en los bolsillos y colóquelo sobre la mesa.

Carella obedeció. El policía examinó pieza por pieza, deteniéndose particularmente en la documentación. Luego, levantó la cabeza y escrutó el rostro impassible del detenido.

—Debo decirla, Lloyd, que estamos enterados de sus andanzas aquí, en Miami. Antes de «facturarlo» de vuelta a

Sing-Sing,

quiero saber qué interés le guía seguir las huellas de Eddy Kowalsky, un pistolero de mala muerte al que liquidaron hace poco.

—¿Quién le ha contado esa historia, capitán?

—Oh, vamos, no nos haga perder más tiempo. Sabe que está atrapado, que no tiene escapatoria alguna. ¿Por qué no habla con sinceridad? Después le dejaremos en paz hasta la hora del viaje.

—No voy a realizar ningún viaje. No sé quién es Kowalsky. No sé de qué me hablan. Eso es todo lo que voy a decir de ahora en adelante.

Charney soltó una maldición.

—Déjemelo un rato, capitán, y le haré cambiar de opinión. La aseguro que lo dejaré más suave que un guante.

—Cálmese, Charney. Tan pronto se vea ante las pruebas irrefutables de su identidad hablará, aunque ganaríamos tiempo si lo hiciera ahora.

Carella tomó un cigarrillo del paquete que había depositado sobre la mesa, lo encendió y lanzó una bocanada de humo hacia el techo.

—Es curiosa la manera de actuar de todos ustedes —dijo, como si fuera una idea que acabase de ocurrírsele en aquel instante—. Pierden un montón de horas conmigo, y dejan que las bandas de pistoleros se adueñen de la ciudad...

Goochman se enderezó como si lo hubiese picado una avispa.

—¿De qué está hablando?

—No se necesita ser muy listo para darse cuenta...

—Siga.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Como quiera, pero ésa es la peor actitud que puede adoptar, Lloyd. Al final tendrá usted prisa por soltar todo lo que sabe.

—Siga esperando.

Fumó en silencio. Charney se marchó, fastidiado. Carella y el capitán Goochman quedaron solos. Sólo entonces, Carella accedió a hablar... con muchas reservas.

CAPÍTULO IX

MAS SORPRESAS

El teniente Doyle entró con un fajo de papeles en la mano, que depositó sobre la mesa de su jefe un tanto asombrado de ver a Carella cómodamente sentado, fumando, y con varias tazas de café vacías sobre el escritorio.

—Ahí está todo, capitán. Ahora podremos darle en las narices a nuestro invitado de honor...

—Tómele las huellas y compárelas.

Los dedos del detenido fueron embadurnados sin contemplaciones, y sus huellas dactilares estampadas en unas fichas especiales, todo ello efectuado por el nervioso teniente. Entretanto, el capitán Goochman examinó el material que su subordinado acababa de facilitarle. Hizo una mueca al ver las fotografías.

—No se parecen mucho a mi modo de ver —comentó.

Doyle dijo:

—Ya sabe usted lo que pasa con esas fotos radiadas. Salen todas borrosas y deformadas. Espere a ver las huellas.

Después, mientras Carella limpiaba sus dedos en un pedazo de trapo sucio que le facilitó el teniente, éste pasó las fichas al capitán, junto con una poderosa lupa.

—Son muy claras —dijo—. Usted mismo puede ver que...

El capitán le interrumpió secamente.

—Puedo ver que no son iguales —gruñó—. Mírelo usted mismo.

Estupefacto, Doyle tomó la lupa y comparó cada una de las huellas tomadas por él con las que acababan de recibir. Perdió hasta el último vestigio de color y durante unos instantes no se movió,

completamente paralizado por el asombro.

—No es posible —balbuceó—. Debe haber un error... nos han mandado unas huellas que no son las de Lloyd.

Goochman le miró de manera extraña.

—Telefonee a Nueva York. Asegúrese de si éstas son las huellas que pedimos.

—Lo haré ahora mismo, señor...

Cuando regresó al despacho, quince minutos más tarde, su expresión de aturdimiento se había agudizado.

—Afirman que ésas son las huellas dactilares de Frank Lloyd, capitán —anunció—. No cabe la menor duda.

—Entonces, es evidente que este hombre no es Lloyd —murmuró el capitán con un leve tono de burla—. Devuélvale sus cosas, incluida la automática, teniente. No podemos retenerle después de esa comprobación.

—Pero... no lo entiendo, capitán. Usa el nombre falso de Lloyd... sigue las huellas de otro pistolero...

—El dice que no hay ninguna ley que le prohíba hacer eso. En cuanto a su nombre, ahora podemos estar seguros de que es el suyo. ¿Se le ocurre a usted algo más que nos permita retenerlo más tiempo?

—No, señor.

—Bien, en ese caso sáquelo de aquí. Tengo otros trabajos que atender.

Todavía sin dar crédito a lo que estaba sucediendo, Doyle contempló cómo Carella se embolsaba sus pertenencias, tomaba después su gran automática y la revisaba antes de guardarla en la funda.

Sólo entonces pareció dispuesto a seguir a Doyle fuera del despacho.

Goochman les vio salir con una expresión indescifrable en su rostro agudo. Después, cuando la puerta se hubo cerrado sonrió abiertamente y se enfrascó en el examen de los diferentes informes que descansaban sobre su mesa.

Por su parte, Doyle presentó un recibo a Carella para, que lo firmase. Después, y sin que entre ellos dos se cruzase una sola palabra, el policía vio salir a su ex prisionero con la misma expresión que si acabase de ver un fantasma.

Pero, en todo caso se trataba del fantasma más duro y fuerte de cuantos hayan existido jamás.

Carella anduvo bajo la noche hacia la pensión. Estaba seguro que si algo había de suceder en relación con su identidad sólo allí tendría lugar.

Y no se equivocó en lo más mínimo.

Había un coche lujoso parado delante de la puerta, un auto que desentonaba en la mediocridad de aquel barrio. Sus cromados lanzaban brillantes reflejos.

Con los sentidos alerta, distinguió a los dos hombres que esperaban sentados dentro del vehículo, y vio cómo uno de ellos se apeaba tan pronto le vio llegar a la entrada. Sus nervios se tensaron y giró sobre los talones, enfrentándose con el desconocido, la mano cerrada ya en torno a la culata de la «Magnum».

—¿Usted es Frank Carella? —indagó el hombre.

—Sí.

—Creíamos que no iba a regresar en toda la noche.

Venga con nosotros; hay alguien interesado en hacerle una ventajosa oferta.

—¿Quién?

—Lo verá cuando lleguemos a la casa. Está en las afueras, de manera que póngase cómodo y nosotros le llevaremos.

—Esto huele a encerrona a una milla de distancia. Me molesta que me tomen por idiota. Tiene usted una pistola apuntándole a la barriga.

El otro no se inmutó.

—Puede ver que mis manos están vacías —dijo—. No queremos jaleo con usted. Sólo acompañenos, ¿quiere? Puede considerarlo como una cita de negocios.

Carella relajó los músculos. A fin de cuentas, era lo que había estado esperando que sucediera, de modo que asintió con un gesto y dijo:

—Si saben lo que les conviene no iniciarán nada que me parezca sospechoso. Vamos.

Subió al coche, que emprendió la marcha inmediatamente. Tras unos instantes de silencio comentó:

—Me gustan las citas de negocios, pero ésta se me antoja sumamente irregular. ¿De qué se trata, si no es un secreto de

estado?

—Mire, nosotros nos limitamos a cumplir órdenes. Nos pagan para eso, pero lo pasaríamos muy mal si quisiéramos pensar por nuestra cuenta. No quiera sacarnos lo que ignoramos.

—Ya veo...

El viaje duró más de media hora en dirección al norte. Dejaron atrás la ciudad, pero antes de llegar a Hollywood Beach abandonaron la ruta para internarse por una carretera de segundo orden que discurría en dirección al interior.

No tardaron mucho en divisar las luces que flanqueaban la entrada a un extenso jardín tropical. El coche se detuvo el tiempo justo de permitir que alguien apenas entrevisto abriera la verja. Luego se internó por un camino de grava y fue a detenerse frente a la escalinata de un gran edificio oscuro y sombrío. Únicamente había luz en dos ventanas de la planta baja, de manera que Carella apenas logró distinguir ningún detalle de la construcción.

Otro individuo de parecidas características que sus acompañantes abrió la puerta y se hizo a un lado silenciosamente.

—Entre, amigo —ordenó su acompañante—. El patrón está esperándole.

Le condujeron a través de unas estancias repletas de detalles artísticos, con valiosos cuadros en las paredes y una decoración un tanto recargada, pero que debía haber costado una fortuna.

El hombre que esperaba era delgado, pero se lo adivinaba fuerte y ágil. No pasaría de los cuarenta años y sus ojos eran inquisitivos, crueles y brillantes. Una boca delgada acentuaba su expresión de crueldad.

No obstante todo ello, a Carella se le antojó que, fuera quien fuese, el desconocido no era tan peligroso como se empeñaba en aparentar. Quizá fuera su mentón hundido, o el inquieto movimiento continuo de sus manos lo que delataba en él cierta debilidad de carácter.

—Siéntese —le invitó—. Veo que no ha habido dificultades para que aceptase mi invitación, Carella... o Lloyd, puesto que no tenemos por qué andarnos por las ramas.

—Usted parece saber mucho más de lo que aconseja la prudencia —rezongó Carella, sentándose.

Uno de los que le había traído advirtió:

—Está armado, Rod. Lleva una pistola como una *bazooka* de grande.

—No va a necesitarla mientras esté aquí. Esperad fuera, muchachos.

Obedecieron a regañadientes. Carella miró a su alrededor, fijándose en cada detalle de la confortable estancia.

—¿Le apetece un trago, Lloyd?

—Prefiero que me llame Carella mientras esté aquí. Y no quiero beber, gracias.

—Como guste...

—Al grano. Me han dicho que tiene una oferta para mí. Estoy dispuesto a escucharle, pero no me gusta perder el tiempo. ¿De qué se trata?

—De Kowalsky.

—¿Qué pasa con él?

—Usted le conocía, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y ha venido aquí, después de escapar de la silla eléctrica, buscando una pista relacionada con Kowalsky, lo que me hace suponer que busca dinero... y en cantidad. ¿Estoy en lo cierto?

—Tal vez. Siga.

—Únase a mí y repartiremos el botín. Dos partes iguales, una para usted y otra para mí. ¿Qué le parece?

—Creo que alguien está dando palos de ciego. ¿Por qué he de unirme a usted? Y, lo que es más importante, ¿por qué cree usted que hay un botín tan valioso que valga la pena hacer dos partes?

—Mire, no tiene necesidad de fingir ante mí. Yo estaba siguiéndole los pasos a Kowalsky desde que se metió en este asunto. El gran bastardo creyó que iba a poder llevar a buen término lo que había planeado sin ayuda de nadie... Bien, se equivocó y alguien le llenó la barriga de plomo...

—¿Usted quizá?

—Oh, no, amigo; no se dispare. A mí me convenía que Kowalsky siguiera vivo. Al morir se hundieron también mis esperanzas de dar con el filón de oro. Sin embargo, ahora aparece usted y de nuevo creo que podemos intentarlo si nos ayudamos mutuamente. Todo consiste en intercambiar información y...

Carella le atajó con un gesto.

—Demuéstreme las ventajas que existen para mí si me asocio con usted y quizá me interese considerar su oferta. Hasta ahora, no veo por qué razón he de compartir un botín que con un poco de suerte puede ser mío.

—No se engañe. Está cometiendo el mismo error que llevó a Kowalsky a la muerte.

—Sólo que yo no soy Kowalsky...

El otro le examinó con el ceño fruncido, como si quisiera valorar sin ninguna duda al hombre que tenía delante.

—Está bien —accedió al fin—. Empezare por hablar yo. ¿Conforme?

—Hágalo, no me cuesta nada escucharle.

—Bien, creo que ya sabe que Kowalsky había preparado algo que iba a reportarle un mínimo de un millón de dólares. Algo relacionado con las organizaciones que se mueven por aquí. Nadie sabe cómo pensaba sacarles ese dinero, ni a cambio de qué iban a dárselo, pero el caso es que yo estoy seguro de que accedieron a pagarle. Tengo confidentes, usted sabe, pero precisamente cuando se disponía a embolsarse el dinero alguien le clavó unos cuantos plomes...

—Que no le mataron en el acto.

—¿De dónde ha sacado esa idea?

—Lo sé. Tuvo tiempo de pronunciar algunas palabras, una espacie de testamento o confesión... y alguien las escuchó.

—¿Quién?

—Un guardia llamado Polnik. Lo asesinaron pocas horas después.

—¿Polnik? Sí, leí algo de eso... De manera que Kowalsky habló...

—Eso es.

—Sea como sea, eso no cambia las cocas en lo que respecta a nosotros, Carella. No podemos saber qué dijo, puesto que Polnik está muerto. Pero usted le conocía, sabía la clase de tipo que era, qué costumbres eran las suyas...

—Más despacio. ¿Por qué cree que yo sé tanto de Kowalsky?

—Oh, bueno, de nuevo tenemos que recurrir a mis soplonos. Me han informado de las preguntas que usted anda formulando por ahí. Bien, siga adelante, pero colaborando conmigo. Puedo poner

hombres dispuestos a todo para protegerle, Carella. Y dinero para sobornos y todo cuanto haga falta.

—¿Está dispuesto a arriesgar todo esto, antes de saber con certeza que lo que andamos buscando vale la pena?

—Correré el riesgo. ¿Qué me dice?

Tras un largo silencio, Carella gruñó:

—Me gustaría estar seguro de que no oculta nada más debajo de esa oferta... y también sería importante saber si conoce usted la naturaleza del asunto que ha de proporcionar el dinero.

—Todo lo que sé es que Kowalsky desaparecía frecuentemente. Se iba a la costa y nadie sabía qué hacía ni dónde. Ahora bien, por lo que podemos presumir debe tratarse de un embarque muy importante o algo así, algo que ha estado almacenándose durante algún tiempo.

—¿De dónde ha sacado esa idea?

—De una indiscreción de Kowalsky. Dijo una vez que si seguían como hasta aquel momento pronto iban a necesitar los almacenes de los muelles para guardar el cargamento.

—¿A quién le dijo eso?

—Precisamente a uno de mis confidentes, que fue quien le hizo beber todo lo posible. Pero después de esas palabras se cerró en un completo mutismo y ya no pudo sacarle nada más. Yo he supuesto que en cada ocasión que desaparecía iba a comprobar la llegada de esos cargamentos.

—Ya veo... ¿y qué espera que haga yo?

—Basándose en su conocimiento de la sicología de Kowalsky, trate de averiguar dónde está el cargamento, o tal vez el lugar donde él guardaba la información. Eso puede ser muy importante. Quizá existen notas, o fotografías...

—¿Y usted creo que yo puedo encontrarlas?

—Tengo esa esperanza, porque usted sabía las costumbres de su antiguo amigo.

—Supongamos que localizo esa información y la comparto con usted. ¿Quién me garantiza que seguiré vivo para cobrar mi parte?

—Bien, no le pido que confíe en mi palabra, por supuesto. Pero puede usted fijar las condiciones que desee tomar cuantas precauciones se le antojen. Las aceptaré de antemano.

—Ya veo... Y luego puede usted denunciarme a la policía y se

habrá librado de mí con tanta efectividad como con un balazo.

—¿Y que ganaría con eso? Le detendrían, devolviéndole a Nueva York. Pero usted podría delatarme a mí y poner al descubierto todo el negocio. ¿Cree que eso sería sensato por mi parte?

—¿Cuál es su nombre?

—Rodney Phelan. Todo el mundo me llama Rod.

—Está bien, Rod; trato hecho. Sólo deme un día o tíos para pensar a fondo en el problema... y estoy seguro que adivinaré qué hizo Kowalsky con la información.

—Ya sabía que podía contar con usted, Lloyd.

—Carella, no lo olvide.

—Está bien, está bien, le llamaré Carella.

—Y ahora, antes de largarme de aquí, ¿qué sabe de José Muriano?

Rod dio un respingo.

—¿Qué tiene que ver Muriano con todo esto?

—No lo sé todavía.

—Es un asesino a sueldo. Todas las organizaciones de aquí lo saben, pero nadie ha logrado conocerlo jamás. Es muy peligroso, y si está mezclado en este asunto vamos a tener que andar con pies de plomo.

—Está bien, algunas cosas de las que me ha revelado pueden ser muy útiles, Rod. Ya tendrá noticias mías.

Cuando se disponía a marcharse, Carella oyó la voz a sus espaldas y se volvió.

—Le aconsejo que no piense que podrá traicionarme, Lloyd —le advirtió Rod Phelan—. Eso sería un error tremendo por su parte.

—Lo mismo puedo decirte. Y ahora, ordene a sus muchachos que me lleven de vuelta a la ciudad.

Abandonó la estancia con los helados ojos del dueño de la casa clavados en su nuca. Notó una molesta sensación, que sólo se borró cuando hubo cerrado la puerta. El viaje de regreso transcurrió en silencio. Carella tenía demasiadas cosas en qué pensar.

Finalmente, se dijo, ya tenía un punto de partida, una base en que apoyar algunas de sus teorías.

CAPÍTULO X

LABOR DE RASTREO

Quitman Street ofrecía un pintoresco aspecto, dentro del barrio invadido por refugiados de varios países. Infinidad de rótulos parpadeaban en la noche como luciérnagas multicolores. Todo se anunciaba con estallidos de luz, desde las casas de comidas económicas hasta los abogados. Resultaba increíble la cantidad de picapleitos que se habían concentrado en aquella pequeña parte de la ciudad, olfateando sin duda las continuas dificultades en que aquellas gentes iban a verse envueltas.

Carella se detuvo en una esquina para encender un cigarrillo y dar un vistazo a su alrededor. Hermosas mujeres de tez morena y cabellos negros como la noche pasaban por su lado, cimbreando sus hermosos cuerpos con grandes ojos oscuros y ardientes y sonrisa fácil. Hombres en cuyos rostros se adivinaba una extraña tención y pequeños grupos de jóvenes que hablaban en voz baja, como conspiradores de opereta.

No le gustó el ambiente, un lugar que se adivinaba cargado de electricidad. No obstante, no había llegado hasta el barrio para comprobar si era o no de su gusto, así que prosiguió andando hasta descubrir el número once. Correspondía a una casa de dos plantas que había conocido mejores tiempos. S3 preguntó en cuál de aquellos apartamentos habitarían la hermosa Dolores y su belicoso hermano.

Cargándose de paciencia, se instaló al otro lado de la calle, en una zona poblada de sombras desde la cual pudiera distinguir perfectamente aquella casa. Sabía que lo mismo podía desperdiciar

horas y horas como tener la sorpresa de que surgiera algo que pusiera en marcha los acontecimientos. No necesitaba mucho...

Treinta y cinco minutos más tarde pareció que su espera iba a tener justa recompensa. Dolores Hernán apareció andando apresuradamente, procedente de un extremo de la calle. Un muchacho joven la acompañaba y ambos iban discutiendo acaloradamente. Carella se apretó contra el quicio de una puerta y observó con redoblado interés.

La pareja se detuvo a la entrada de la casa. Seguían disputando con exagerados ademanes, aunque daban la sensación de que quien llevaba la voz cantante era la muchacha.

En un momento determinado, ella hizo ademán de entrar en la casa y trató de arrastrar consigo al joven, pero éste se desasíó de un tirón y gesticuló airadamente.

Dolores volvió atrás y la discusión siguió, más enconada que nunca.

Deslizándose pegado a las paredes. Carella buscó un lugar por el que atravesar la calle sin que le vieran. Cuando logró llegar a poca distancia de la pareja, materialmente hundido en las sombras, oyó la airada voz de la muchacha.

—¡Eres un tonto, un pobre y estúpido tonto! —Estaba apostrofándole en aquellos instantes—. Te crees muy fuerte, y no te das cuenta que sólo eres un chiquillo. ¿Crees que los demás quieren meterte en esto porque te consideran un héroe? Necesitan tontos que corran los riesgos, y cuando llegue el momento ellos se llevarán los laureles. ¡Por favor, Antonio, quédate en casa esta noche!

—No sabes lo que dices, Dolores... Tú eres solamente una chiquilla inexperta y no entiendes de estas cosas. Tengo que ir porque he dado mi palabra. Pronto estará todo a punto y...

—¡Y te matarán! ¿Por qué no te das cuenta de la realidad?

—Tonterías. ¿Cómo he de decirte que no vamos a cazar a ese pistolero? Otros se encargarán de eso. Nuestra misión es mucho más importante.

—No te creo...

—Está bien, eres obstinada como un demonio, chiquita, pero vas a quedarte aquí y no te meterás en este asunto por nada del mundo.

—¡Antonio...!

El joven hizo un gesto de impaciencia y, girando sobre sus

talones se alejó apresuradamente de su hermana. En la oscuridad, Carella esbozó una sonrisa. No se movió hasta que la muchacha entró en la casa, desapareciendo.

Entonces se lanzó en persecución de Antonio. Advirtió las precauciones que éste adoptaba para asegurarse de que no era seguido. Pero su falta de experiencia en semejantes trotes le convertía en un verdadero juguete para Carella, cuya única preocupación era que el joven tomara un coche.

La persecución duró algo más de diez minutos. Al cabo de ese tiempo, Antonio se detuvo a la entrada de un garaje, donde dos hombres más aguardaban con gestos de impaciencia. Tras un cambio de frases entraron en el garaje. Frank Carella no pudo retener una maldición ante semejante contratiempo.

Apresuradamente reconoció la larga hilera de vehículos aparcados junto a la acera. Encontró un «Ford» casi nuevo con las puertas sin cerrar con llave. Se introdujo dentro y manipuló con dedos expertos hasta que estableció el contacto. Pisó la puesta en marcha y el motor comenzó a zumbar suave y rítmicamente.

Apenas había terminado de probar el funcionamiento cuando un viejo «Dodge» con demasiados años encima salió del garaje, tripulado por Antonio y dos compañeros. Carella apartó el «Ford» del bordillo y emprendió la nueva persecución con redoblado cuidado.

Viajaron a creciente velocidad por la carretera del sur, sin percatarse de que otro coche corría pegado a su cola, aunque Carella se guardó muy bien de utilizar los faros en ningún momento. Debía guiarse por las rojas luces del «Dodge», corriendo el riesgo de ser sorprendido por un patrullero, pero tenía la absoluta seguridad de que al fin iba a tener una idea bastante exacta de la clase de negocio ilícito que estaba gestándose.

Dejaron atrás Coral Gables, internándose por verdaderos cañones formados por la gigantesca vegetación tropical. Carella pensó en las revelaciones de Rod Phelan y se preguntó si Kowalsky habría seguido esa misma ruta cada vez que desaparecía de sus lugares habituales.

Tras casi cuarenta millas de viaje, el coche que le precedía se desvió por un atajo que conducía a la playa y desapareció. Carella condujo el «Ford» carretera adelante, para detenerlo fuera del

alcance de la vista de cualquier individuo apostado por las cercanías del camino. Hecho esto, volvió atrás andando con cuidado.

El «Dodge» estaba parado en una hondonada, a la sombra de unas enormes rocas. Había dos autos más allí, a veinte metros del mar. Pero lo que dejó estupefacto al vigilante Carella fue el descubrimiento de un gigantesco camión, cuyas ruedas traseras lamían las olas, las ruedas estaba medio enterradas en la arena a causa del enorme peso de la carga.

Agazapándose entre las rocas, Carella prosiguió su avance, dejando atrás los coches e interesándose tan sólo por el camión, del cual estaban descargando unas grandes cajas de sólido aspecto.

Pero lo más sorprendente era que esas mismas cajas estaban siendo cargadas con dos pequeñas lanchas moteras. El gran peso de las cajas amenazaba con hundir las ligeras embarcaciones, cosa que hizo pensar a Carella que no se disponían a realizar ningún viaje largo.

Cuando las dos motoras emprendieron la marcha, con el agua rozando sus bordas, el espía se aplastó contra la arena, dentro de las sombras de las rocas. Pudo observar cómo los cuatro hombres que estaban descargando el camión sacaban pañuelos para secar sus frentes empapadas de sudor. Uno de ellos era Antonio. Había otros dentro del camión, seguramente los ocupantes de los distintos coches, lo cual le indicó que eran demasiados para intentar averiguar el contenido de las cajas.

Después de la marcha de las embarcaciones hubo un momento de pausa en las tareas de aquellos hombres. Pero esos instantes de inactividad duraron poco, toda vez que después de un corto cambio de frases, dos de ellos se desplazaron, al parecer para ejercer un servicio de vigilancia.

El hermano de Dolores pasó tan cerca del escondrijo de Carella que éste hubiera podido tocarlo con sólo alargar el brazo. Contuvo hasta la respiración, porque el muchacho llevaba un revólver en la mano, un revólver de cañón monstruosamente largo a causa del silenciador, lo cual le indicó con aquella gente estaba dispuesta a todo a fin de guardar el secreto de su misteriosa actividad.

Las dos motoras tardaron media hora en estar de regreso, ya vacías. Su nueva carga les fue instalada rápidamente y una vez más

se alejaron, sosteniéndose en la superficie gracias a la quietud de las aguas. Dichos viajes se repitieron durante cuatro horas, hasta que el gigantesco camión estuvo totalmente vacío de su pesada carga. Entonces, el mastodonte maniobró, alejándose y desapareciendo hacia la carretera.

Los hombres que quedaron se entretuvieron en borrar las huellas del gran vehículo, dejando la arena lisa y limpia. Hecho esto, se repartieron en los coches y también emprendieron el regreso a la ciudad.

Al quedar solo, Carella suspiró, recostándose contra la roca que le había servido de refugio, encendió un cigarrillo y empezó a trazar hipótesis relativas a la misteriosa carga. Cuando se levantó, una suave claridad dorada asomaba por el horizonte, de modo que era completamente de día cuando llegó a la pensión, después de haber abandonado el «Ford» a una distancia que no pudiera infundir sospechas.

CAPÍTULO XI

CEBO PARA LA MUERTE

Probablemente, el «Paradise Hotel» no había tenido jamás un grupo de huéspedes más peligroso y extraño que el formado por los tres hombres llegados a cortos intervalos, y que al atardecer se reunieron en la habitación de uno de ellos.

El «Paradise» era un lugar apacible, de segunda categoría, frecuentado por turistas, agentes de ventas de cierta categoría y algún que otro individuo difícil de clasificar. Tal vez la monotonía que delataba la aburrida expresión de sus empleados se hubiera esfumado si hubiesen podido escuchar lo que se trató en aquella habitación, cuando un cuarto hombre acudió a la reunión. Un hombre de aspecto duro y ojos implacables del color del acero.

Carella paseó su mirada por el grupo y sonrió levemente.

Peter Brett comentó:

—Para ser un condenado a muerte fugitivo tienes buen aspecto, Frankie.

Frank emitió un gruñido de protesta y fue a sentarse en el borde del lecho. Los demás lo hicieron en las sillas sin dejar de mirar con tensa curiosidad a su jefe.

Formaban un extraño contraste entre ellos. En realidad, constituían el puñado de hombres conocidos por «Los Justicieros», aunque, en verdad, no había mucha gente que les conociera, entro otras razones porque, los que habían llegado a trabar conocimiento con ellos desde el bando contrario a la ley estaban muertos y no habían podido pregonar la implacable y mortal efectividad de sus métodos de represión del mal.

Johnny Rugolo, un hombre de aspecto un tanto descuidado, dijo:

—El «Viejo» nos informó que estabas en un callejón sin salida. También dijo que estaba muy preocupado por este asunto, a causa de que podía provocar un conflicto internacional. ¿Todavía sigues a oscuras, Frank?

—Bueno, he adelantado bastante desde que hablé con él por teléfono. Al parecer, la idea de hacerme pasar por ese pistolero está rindiendo beneficios a fin de cuentas. Incluso me han hecho una oferta, tomándome por Frank Lloyd, el amigo de Kowalsky.

Lin Burke, el otro componente de la organización, masculló:

—Opino que sería preferible que nos contases lo que has estado haciendo desde tu llegada. Después podríamos discutir lo que vamos a hacer a partir de ahora.

—Tienes razón, Lin —accedió Carella—. Todo esto es muy extraño y si no se conocen los detalles resulta incomprensible.

Peter Brett comentó, tras encender un cigarrillo:

—Lo malo para ti, Frank, será si cualquiera de esos bastardos descubre que el verdadero Frank Lloyd murió en el accidente. Eso no podrá mantenerse secreto toda la vida.

—Para cuando lo descubran, ya habremos terminado con este negocio. Y vamos a liquidarlo tan rápidamente que no tendrán tiempo de advertirlo.

Tras esto, procedió a explicarles sus andanzas desde que llegara a Miami usurpando la personalidad del condenado a muerte supuestamente fugitivo. Los demás no hicieron comentario alguno mientras estuvo hablando. Sólo al terminar, Rugolo gruñó:

—Pues estuvieron bien a punto de darte el pasaporte definitivo, muchacho. Y eso es lo que no entiendo. ¿Quiénes forman cada bando? Imagino que serán los contrarios y los partidarios de ese gobierno. Pero ¿cómo es posible que te cayeran encima tan pronto?

—Eso tiene fácil explicación. A los que luchan en contra los avisó el propietario de la pensión. Trabaja para ellos para vengar a un hijo que le fusilaron. El mismo admitió eso ante mí. Pero a los asesinos a sueldo, a los partidarios, debió forzosamente avisarles ese reportero borracho, Tony Darrow. No pudo suceder de otra manera. Ahora bien, conocemos el nombre de uno de los pistoleros que cayó en el atentado, un tipo llamado Luke Mills, el cual debe ser

norteamericano. Hasta este momento he estado demasiado ocupado para tratar de averiguar para quién estaba trabajando en realidad. Ésa es la tarea que harás tú, Peter.

Peter Brett asintió, pero remiso:

—Creo que no caben muchas dudas al respecto. Está al lado de esos asesinos.

—Conforme, pero tengo la idea de que no hay muchos de esos partidarios aquí... Realmente, el cabecilla de esos agentes es un tipo llamado José Muriano. Opino que éste es quien se vale de pistoleros profesionales, a los que paga para que le hagan los trabajos difíciles. Sus colaboradores más inmediatos deben permanecer en el anonimato para mejor desenvolverse entre los refugiados sin infundir sospechas. Hay que tener en cuenta que esos refugiados tienen sus organizaciones de resistencia, y yo he comprobado que sus medios de lucha no difieren en absoluto de los otros.

—Comprendo. Veré qué saco en claro sobre ese Luke Mills.

Carella encendió un cigarrillo. Después extrajo un mapa y lo desdobló sobre la cama. Los otros se apresuraron a rodearle.

—He traído este mapa de la costa de Florida. Si mi idea es acertada, esos fulanos de las motoras iban a descargar a uno de los «cayos» más cercanos, donde deben tener establecido su almacén, el lugar misterioso que Kowalsky espiaba antes que le metieran dos plomos. Ahora bien, hay que averiguar en qué «cayo» está esa base...

Johnny Rugolo intervino para decir:

—A juzgar por lo que has contado, seguiste al «Dodge» hasta muy poco antes de llegar a Homestead...

—Creo que nos desviamos como unas dos millas antes de esa población —admitió Carella.

—Entonces ahí lo tienes; Sable Key.

El dedo índice de Rugolo señaló un pequeño «cayo» situado aproximadamente a una milla frente a la costa donde Carella había permanecido escondido. Éste dijo:

—Es lo mismo que pensaba, pero he querido que lo vierais también. O. K.; admitamos que esas cajas, y las procedentes de otros cargamentos, están almacenadas en ese islote rocoso. ¿Qué creéis que contienen las cajas?

—Armas, por supuesto —saltó Lin Burke, el más nervioso del

grupo.

—Desde luego, ésa es también mi idea. Una tremenda cantidad de armamento que ha sido almacenado a lo largo de los meses. Ése fue el secreto que Kowalsky descubrió, y cada noche que desaparecía iba a constatar un nuevo envío. Han estado acumulado una cantidad ingente de armas de todas clases... y los que lo han hecho son los contrarios de ese gobierno. Ahora, falta saber cómo demonios pensaba Kowalsky sacar millones de ese descubrimiento. Y cómo espera obtenerlos también Rod Phelan.

A eso no hubo respuesta alguna. Tras el silencio, Carella pareció llegar a una conclusión y dijo:

—Presumo que esos locos están planeando un asalto en gran escala, una especie de segunda parte del que hicieron anteriormente y que fracasó, quizá con menos gente, pero más preparada y mejor armada. En consecuencia, ese «cayo» es su base de aprovisionamiento secreta, desde la cual partirá un buque abarrotado de material de guerra cuando llegue el momento...

—Creo que ahora es cuando corres demasiado —le atajó Brett—. Tú sabes muy bien que ningún buque de regular tamaño puede atracar un «cayo» semejante.

—Por supuesto que no. Pero las dos lanchas motoras que yo vi, y que no regresaron después de su último viaje, pueden hacer el trabajo de transbordar las cajas del almacén al navío.

—Eso es cierto.

—Bien, Lin... Tú eres un nadador extraordinario, ¿no es cierto?

—Bueno, me gusta zambullirme de vez en cuando.

—Te zambullirás esta noche. Tendrás que nadar hasta el «cayo» sospechoso, averiguar lo que puedas allí y regresar por tus propios medios. ¿Conforme?

—Esa distancia puedo recorrerla con las manos atadas a la espalda, Frank.

—Sí, ya sé... Pero no te confíes. Si te pillan puedes empezar a rezar porque te rebanarán el pescuezo. Por eso no quiero utilizar ninguna embarcación, puesto que es indudable que mantendrán puestos de vigilancia. ¿Comprendido?

Lin Burke asintió con un gesto. Luego se dirigió a donde estaba su maleta, la abrió y sacó un *slip* de baño, al que iba acoplada una fuerte correa. Extrajo después una funda impermeable, de caucho,

en la que introdujo una impresionante «Luger» de mortífero aspecto. Con todo ello, más un cuchillo de submarinista, desapareció en el cuarto de baño para vestirse el equipo.

Carella miró a Johnny Rugolo y sonrió.

—Tu trabajo va a ser más rutinario, Johnny —dijo—. Te limitarás a no perderme de vista, pero no intervendrás en nada pase lo que pase, a menos que yo te lo pida...

—Eso me parece muy raro, muchacho...

—Voy a ofrecerte como cebo de los peces gordos. Quizá las casas se pongan mal para mí... incluso es posible que consigan acabar conmigo. Muy bien, tú debes mantener los ojos abiertos para seguir adelante con el asunto y exterminar a esa turba de ratas.

—No me agrada eso, Frank... no me gusta en absoluto. Debe haber otra forma de hacerlo.

—Seguro que la hay, pero nos llevaría días y días descubrir lo que puedo lograr en una noche. Y no olvides que no disponemos de mucho tiempo... El secretario me dijo que Boris Salev había salido hacia Miami, de vacaciones. También estaba de vacaciones cuando ahogó la revolución húngara en un mar de sangre, de modo que si ha venido aquí es porque se prepara algo grande e inmediato...

—Un momento, compañero; creo que nos desviamos del camino. Según he entendido, quienes preparan el gran arsenal son los contrarios de ese gobierno, de modo que Boris Salev no tiene nada que ver con eso. Está en el bando opuesto...

—Seguro que está en el bando contrario, pero el caso es que está aquí y que el «Viejo» tiene razones para creer que va a intervenir en lo que sea que está cociéndose. No podemos darle tiempo. Ni a Muriano tampoco, porque éste es peor de lo que imaginas, puesto que no tiene escrúpulo alguno en asesinar a mansalva...

—Deja que tropecemos con él y le haremos probar su propia medicina —rezongó Peter Brett, aplastando un cigarrillo a medio fumar en el cenicero.

Rugolo pasó por alto, el comentario de su compañero y dijo a su vez:

—¿Puedes decirnos cómo entrarás en contacto con Muriano, o con sus agentes, o con quien infiernos sea que esperes ver aparecer?

—Me entrevistaré con Tony Darrow esta misma noche. Lo que le diré disipará su borrachera y le hará correr en busca de sus amos, si

es realmente, como sospechamos, un agente de Muriano.

—Ya veo... Tu posición como camada no será envidiable después de esto. Te volarán la cabeza en cuanto des un resbalón.

—Todo consiste en que no te descuides tú, Johnny —sonrió Carella con calma.

Apagó el cigarrillo y levantóse, como dando por terminada la conferencia. Todos ellos sabían que a partir de aquel instante, la muerte les pisaría los talones dispuesta a intervenir tan pronto cometieran el menor error...

CAPÍTULO XII

APARECE MURIANO

El reportero levantó los turbios ojos y trató de fijarlos en el rostro de Carella.

—Usted está rematadamente loco, amigo... —resopló con lengua torpe por la embriaguez—. ¿Cómo puede estar seguro de que era lo que usted cree lo que tenía Kowalsky?

—Está formando usted un trabalenguas, Darrow —dijo Carella—. Sé que tengo todos los datos. Sólo me falta averiguar la identidad de un par de fulanos y estaré en situación de dictar mis propias condiciones. Puedo llenarme los bolsillos de oro, amigo... y usted podrá conseguir el más sensacional reportaje de su vida.

—¿Qué espera que haga yo a cambio?

—Sólo averígueme un par de datos que están fuera de mi alcance.

—Bueno, no creo que pierda nada probándolo. Adelante, y cuando todo esto termine espero que siga usted coleando todavía.

—En primer lugar, quiero saber si está en esta ciudad un ruso llamado Boris Salev.

El reportero dio un respingo y durante unos segundos padeció que los vapores del alcohol huían de su turbio cerebro.

—¿Salev? —balbuceó.

—Eso he dicho.

—Está bien. ¿Qué más?

—Si está en Miami quiero que se entere también dónde se aloja.

—Eso será fácil para mi, pero no comprendo muy bien lo que persigue, camarada. ¿Qué tiene que ver el ruso con la muerte de

Kowalsky?

—Eso lo sabrá usted cuando le de el resto de la historia.

—Ya veo... no va a soltar prenda, ¿eh?

Carella sacudió la cabeza de un lado a otro. El borracho se encogió de hombros resignadamente.

—Muy bien, lo haré. ¿Dónde podré comunicarme con usted?

—Estaré en mi habitación de la pensión hasta que usted me llame.

—Perfecto...

Se levantó y salió del bar dando traspiés. Carella le siguió con sus ojos de hielo. Darrow no se había molestado en preguntarle cuál era la pensión... y Carella no se lo había dicho nunca. Así que si sabía dónde estaba alojado era indudable que lo había averiguado por otros medios...

Sonrió, pagó las consumiciones y abandonó también el establecimiento preguntándose en qué lugar de las sombras estaría Johnny Rugolo.

Pero, por más que lo intentó, no pudo localizarlo. Rugolo era un experto en esas tareas, una perfecta «sombra».

Emprendió el camino de la pensión sabiendo que, a partir de ese momento, la iniciativa quedaba en manos de las gentes a las que tendría que matar.

Había calculado que fuera lo que fuese lo que los pistoleros de Muriano estuvieran dispuestos a hacer, lo llevarían a cabo aquella misma noche, después que el reportero les hubiera puesto en antecedentes de su conversación con él. Pero las horas pasaron, y no sucedió absolutamente nada.

Un tanto desconcertado, Carella vio amanecer en la soledad de su cuarto. Luego, cuando ya el día hubo avanzado, se duchó para alejar de sí el sueño que le vencía y decidió reunirse con sus compañeros para cambiar impresiones.

Fue entonces cuando el teléfono sonó, y al descolgarlo oyó la voz de Tony Darrow al otro extremo de la línea.

—Habla Frank Carella —dijo—. ¿Ha podido usted averiguar lo que me interesa, Darrow?

—Todavía no pero antes de la noche podré informarle con detalle. De momento, puedo decirle que el ruso está en Miami y que se ha entrevistado con algunas personas, entre ellos con José

Muriano. ¿Le sirve eso?

—No mucho, si no puedo saber dónde está y en qué lugar se reúnen.

—Esos datos se los daré a la noche. ¿Conformes?

—Qué remedio...

—Oiga, Carella... o cómo se llame; cuando sepa eso, ¿qué piensa hacer? Porque no puedo creer que sea tan loco de intentar algo usted solo...

—De momento me limitaré a comprobar los informes que usted me dé. Lo demás dependerá de las circunstancias.

—Está bien, volveré a llamarle después de las ocho. ¿Le parece bien?

—De acuerdo, Darrow. Esperaré su llamada.

Colgó, disgustado por ese aplazamiento que sólo contribuía a aumentos sin rumbo fijo, sólo comprobando si era seguido. No consiguió averiguarlo, y tampoco en esta ocasión logró localizar a Johnny Rugolo, a pesar de que no debía andar muy lejos de él.

Cuando entró en el «Paradise Hotel» lo hizo casi seguro de que nadie pisaba sus talones, pero confió que Rugolo se encargaría de asegurarse por su cuenta.

En la habitación sólo estaba Peter Brett, con una botella de *whisky* recién empezada sobre la mesilla y un vaso del que estaba bebiendo a pequeños sorbos.

—Me he cansado de esperar, muchacho —se quejó, levantando el vaso—. ¿Qué sabes de los demás?

—Nada en absoluto. Esperaba que Lin hubiese regresado ya.

—¿Y Johnny?

—No tardará en aparecer por aquí. Debe esperar para asegurarse que no había extraños pegados a mis talones. ¿Qué sacaste en claro de Luke Mills?

—Era un socio bastante conocido en los ambientes que ya puedes imaginar. No me fue difícil averiguar la mayor parte de su historia.

—Todo lo que nos importa a nosotros es saber para quién estaba trabajando.

—Para Burt Kermein.

—Nunca había oído ese nombre.

—En realidad, no es nadie de excepcional importancia. Mantiene

una pandilla de pistoleros y hace cuantos trabajos se le encargan, siempre que se le paguen bien, por supuesto. También tiene un pequeño local en la costa en el que se puede bailar, jugar y en general hacer la mayoría de cosas que el código prohíbe, desde marihuana para arriba, aunque eso, como es lógico, sólo lo saben los iniciados.

—Si es así, ¿cómo lo averiguaste tú? —rió Carella.

—Porque estuve «cargando» a uno de esos iniciados. Me costó una pequeña fortuna conseguirlo.

—Ya veo. De modo que podemos presumir que Muriano es quien alquila a la pandilla de Kermein. ¿Sabes también dónde podemos encontrarlo si nos interesa?

—¿A Burt Kermein? Claro que sí. Tiene una residencia no lejos de su club.

—Perfecto, Peter. Esperaremos las noticias de Lin antes de decidir una línea de ataque.

Pero no fue Lin Burke el primero en llegar, sino Johnny Rugolo. Su cara reflejaba cansancio y sueño y el saludo que emitió fue solamente un gruñido.

—Vaya estupidez —exclamó—. Horas y horas despierto, velando tu sueño para nada.

—Yo tampoco he pegado un ojo. Esperaba que esta noche pasada vinieran a por mí, pero después de hablar con el chupatintas esta mañana creo que utilizarán un medio más inteligente para echarme el guante.

—¿Qué sistema?

—Llevarme a una celada, con Darrow como camada, Por lo que me ha dicho, apuesto a que me propondrá llevarme a donde estén los tipos que buscamos, sólo para que me convenza de que realmente están allí...

—Y entonces te cazarán como un pajarito... —rezongó Johnny.

—Eso supongo.

—¿Y qué haremos nosotros entretanto?

—Esperar —gruñó Carella—. Veremos lo que nos dice Lin, y caso de que la cosa se precipite empezaremos a actuar violentamente sin más dilaciones. No nos convienen los escándalos.

—Ése es nuestro fantasma constante... los escándalos —rió Brett, apurando su vaso.

Rugolo buscó otro y lo llenó hasta la mitad con el *whisky* de la botella. Entonces se dejó caer en la cama y allí se entretuvo haciendo equilibrios con la bebida.

Hasta media mañana no hizo su entrada Lin Burke. También él parecía cansado, aparte de la hosca expresión de su rostro.

—He tenido que perder un montón de tiempo en la playa —explicó, derrumbándose en una silla—. Estaba llena de bañistas madrugadores cuando he vuelto de mi excursión.

—Háblanos de ella —le urgió Carella.

—Estábamos en lo cierto, muchachos. Armas... toneladas de armas de todas clases, desde morteros de 80 milímetros hasta ametralladoras pesadas. Y fusiles ametralladores, pistolas, rifles... Un auténtico arsenal. Sólo diré que ocupa tres viejos barracones del ejército, abandonados. Por lo visto, hace algunos años hubo en ese «cayo» una base de observación del ejército del aire.

—¿Mucha gente?

—Cinco individuos montando guardia permanentemente. Tienen dos lanchas motoras muy bien escondidas en una hendidura de las rocas, y medio enterrados en la arena unos raíles por los cuales deslizan una vagoneta. Todo esto, instalado en la parte oeste del «cayo», o sea, que deben utilizarlo para cargar el barco cuando sea el momento.

—¿Tú crees que hay allí material para llenar un buque, Lin?

—Yo diría que sí. Por lo menos, un barco del tipo «Liberty».

Peter Brett dejó escapar un silbido.

—Con todo esto, si disponen de municiones abundantes, pueden organizar un asalto en toda regla —dijo.

Carella movió la cabeza de un lado a otro.

—No tienen ni una oportunidad. Ese gobierno tiene tropas bien adiestradas, aviación, lanchas patrulleras... y la experiencia de guerrilleros que adquirieron en sus años de lucha. Esos tipos del arsenal no tienen ni una probabilidad, lo sorprendente es que no se den cuenta... A propósito, Lin; ¿con armas nuevas, o deshechos de guerra?

—Hay algunas nuevas y una mayoría usadas. Alguien debe estar haciendo un fabuloso negocio con todo esto.

—Algún bastardo traficante de muerte que se mantiene en segundo plano —rezongó Carella, apretando los dientes—. A veces

pienso que...

Calló tratando de controlar su ira. Luego, decidió:

—Voy a comunicarme con el secretario, en Washington, para informarle de la existencia de ese depósito de armamento. Debo estar enterado, porque cuando lo decidamos la marina deberá incautarse de toda la chatarra. ¿Alguna sugerencia?

—En absoluto.

Ninguno tuvo nada que decir, de manera que decidió:

—Lin y Johnny pueden acostarse unas horas. Tú, Peter, te encargarás de seguirme los pasos, y asegúrate de que nadie más lo está haciendo. Las mismas instrucciones de Johnny valen para ti. ¿Comprendido?

—Perfecto.

—Al anoecer deberéis organizar la vigilancia de tal manera que podáis reuniros los tres en un momento determinado, porque después de oscurecer será cuando empezará la acción. ¿Comprendido?

—Seguro, Frank.

Salió y buscó una cabina pública, desde la que efectuó una llamada a larga distancia, dando cuenta de sus descubrimientos. Después, colgó el aparato y decidió que a Peter Brett le convenía el ejercicio, así que prosiguió su largo y monótono paseo en espera de la hora de los acontecimientos.

CAPÍTULO XIII

SE DESENCADENA LA TORMENTA

Carella se detuvo ante la casa de la calle Quitman, dudó unos breves instantes y al fin oprimió el botón del timbre.

Fue la misma Dolores la que acudió a abrir la puerta, y la expresión que apareció en su rostro al reconocer al tardío visitante fue todo un compendio de los sentimientos más encontrados, por encima de los cuales destacaba un súbito terror que Carella comprendió muy bien.

—¡Usted! —jadeó sin voz.

—No te asustes, pequeña. ¿Puedo entrar, o sales tú para que pueda hablar un poco contigo?

—¿Entrar aquí? ¡Dios santo, no!

—¿Está tu hermano en casa?

—No, señor, pero está a punto de llegar... si le encuentra aquí será terrible... Váyase, por favor...

—Quiero decirte algo, Dolores... algo muy importante.

—No aquí... ¡Por Dios! Si le encuentran le matarán...

—Todavía no lo han hecho, de modo que no te preocupes por eso. Cierra la puerta y acompáñame un poco... Sólo unos minutos.

Ella titubeó todavía unos segundos, pero finalmente decidióse y cerró la puerta tras ella. Frank Carella la tomó del brazo y la llevó hacia la más oscura zona de sombras de la calle. Se detuvieron allí, como una pareja de amantes que buscaran la soledad.

—¿Cómo se ha atrevido a venir aquí, señor? —le recriminó la muchacha—. No sabe cuánto le odian todos...

—Eso no deja de parecerme muy raro, por cuanto todavía no les

he causado ningún daño.

—¿A qué ha venido usted? Por favor, termine pronto y váyase de este barrio...

—Sólo he de decirte un par de cosas. La primera, sé todo cuanto preparan tu hermano y otros locos como él. Van de cabeza al desastre, y si no fuera por ti le dejaría que se estrellara.

—No le entiendo...

—Tampoco yo quiero que lo comprendas todo. Saber demasiado de este condenado asunto es peligroso, de manera que sólo voy a darte un consejo. Es éste: no dejes que tu hermano se reúna con los otros miembros de su pandilla durante un par de días. ¿Has entendido?

—¿Por qué? No puedo impedirle que salga de casa...

—Deberás hacerlo si quieres que siga vivo, y no creas ni por un momento que no sé de qué hablo. Van a suceder cosas, y pronto. Cuando se vean envueltos en los acontecimientos saldrán descalabrados y Antonio puede ser uno de ellos si no se mantiene al margen de lo que ocurra. Sujétalo de la manera que puedas, pégale un porrazo y déjalo tumbado en un rincón... o le volarán la cabeza.

—¡No habla en serio! —murmuró la muchacha, aterrada—. Está tratando de confundirme solamente...

Carella suspiró.

—Eso es cuanto tenía que decirte para sentirme tranquilo respecto a ti. Ahora, todo dependerá de cómo actúes con tu hermano.

Ella se le quedó mirando con sus grandes ojazos muy abiertos. No supo qué decir durante unos segundos. Luego balbuceó:

—¿Por qué... por qué ha venido a prevenirme? Yo no soy importante en su vida.

—Eres una chiquilla linda y encantadora que tiene derecho a vivir en paz. Tu hermano puede destruir esa tranquilidad si no lo sujetas un poco... sólo durante un par de días. Después creo que habrá pasado el peligro inmediato.

—Usted... usted no es como ellos dicen.

—Olvídate de eso. No importa lo que digan de mí.

—Para mí sí es importante. Desde que llegamos aquí huyendo de nuestra patria he conocido a muchos hombres, compatriotas suyos..., pero nunca había encontrado uno semejante... Sé que no

le olvidaré nunca por lo que hace por nosotros...

—Sólo lo hago por ti, pequeña. Y ahora puedes volver a tu casa y comenzar a pensar en la mejor manera de retener a tu hermano. Buenas noches, Dolores...

Inesperadamente, la muchacha se empinó sobre las puntas de sus pies y sus labios frescos y juveniles se posaron sobre los del hombre con fuerza insospechada, pillándolo de sorpresa y comunicándole una suerte de calor que le aturdió durante unos instantes.

—Buenas noches... —susurró Dolores, apartándose despacio, sin despegar su mirada del pétreo rostro de él.

Giró sobre sus talones y echó a correr, desapareciendo en su casa con la ligereza de un cervatillo asustado.

Carella barbotó un juramento que repercutió en el silencio de la calle como un eco. Después, se dirigió apresuradamente hacia la pensión, encerrándose en su cuarto a la espera de la llamada del reportero, que estaba seguro se produciría con exactitud matemática.

Y el teléfono resonó como un ser vivo haciéndole dar un salto.

—Carella al habla...

—Aquí Darrow —le llegó la voz tensa del borracho—. ¿Está dispuesto a facilitarme su historia, camarada?

—Seguro, a cambio de sus informes.

—Tengo todo lo que deseaba saber. Y puedo demostrárselo.

—Eso me gustaría mucho para estar seguro del terreno que piso...

—Entonces, reúnase conmigo. Usted podrá ver al ruso en compañía de Muriano... Al parecer están celebrando una importante conferencia.

Un escalofrío se deslizó por la espalda de Carella.

—¿Dónde me encuentro con usted? —indagó.

—¿Tiene usted coche?

—No.

—Bueno, estaré esperándole en la esquina de *Larson y Quinta Avenida* dentro de treinta minutos. ¿Conforme?

—Está bien.

—Me encontrará en un coche de color crema, un «Oldsmobile». Y no se retrase.

Sonó un chasquido. Carella depositó el auricular en el soporte y permaneció unos instantes mirándolo como si esperase que todavía pudiera surgir de él una voz amenazadora. Después, extrajo la «Magnum» para comprobar su carga y funcionamiento. Sólo cuando estuvo perfectamente seguro de todo ello volvió a meterla en su funda.

La calle estaba poco concurrida, casi desierta. Al iniciar la marcha, encendió tres cerillas para poder prender el cigarrillo. Después de arrojar la tercera se alejó, seguro de que Brett no tardaría en aparecer, surgiendo del lugar en donde estuviera.

Efectivamente, pocos minutos más tarde, Peter Brett se colocó a su lado como si hubiera brotado de la tierra.

—He visto tu señal —masculló—; pero he querido asegurarme de que no había nadie espiándote. ¿Qué pasa, Frank?

—Acabo de recibir la llamada. Voy a reunirme con ese bastardo. Llama a los demás. Necesitaréis un coche, porque Darrow me llevará en el suyo. Es un «Oldsmobile» color crema. Eso es cuanto puedo decirte.

—Está bien, puedes contar con que no nos hallaremos lejos del lugar en que tú estés. Pero opino que estás corriendo un riesgo excesivo. Pueden cortarte en rodajas antes que podamos intervenir, si tropiezas con gente expeditiva.

—Poco más o menos, eso debe ser lo que piensan hacerme, pero no antes de que me hayan interrogado. Querrán saber qué he averiguado, si lo he comunicado a alguien... cosas así. Y hasta es posible que, seguros como estarán de que van a liquidarme, pueda hacerles hablar más de lo que dirían en otras circunstancias.

Peter sacudió la cabeza expresando sus dudas, pero tanto él como sus compañeros estaban acostumbrados a no discutir las disposiciones de su jefe y amigo, así que cesó de poner reparos al plan y, tras averiguar el lugar donde iba a tener la peligrosa cita, apartóse de Carella, desapareciendo una vez más en las sombras de la noche.

El «Oldsmobile» color crema estaba parado justo en la esquina indicada, como si hubiera reservado de antemano aquel lugar exclusivamente para él. Desde una distancia prudencial, Carella estuvo examinándolo por si podía descubrir algún signo de agitación en su interior. Todo lo que vio fue el rojillo parpadeo de

un cigarrillo.

Reanudó el camino y esta vez ya no se detuvo hasta inclinarse junto a la ventanilla delantera.

—¿Darrow? —indagó.

—Hola, Carella. Ha sido usted puntual. Dé la vuelta y venga a sentarse a mi lado.

Mientras Carella obedecía el motor comenzó a vibrar con suavidad, y tan pronto hubo cerrado la portezuela se pusieron en marcha.

—¿Dónde están reunidos esos dos bastardos? —inquirió unos instantes después.

—Muriano tiene alquilada una casa en la costa... No es nada lujosa ni llamativa, sólo una residencia discreta y cómoda. Allí está ahora ese ruso que nombró usted.

—¿Hay alguien más con ellos?

—Otro individuo al que no conozco. Los tres son los únicos ocupantes de la casa.

—Bien, ¿sabe usted qué ha estado haciendo el ruso desde que llegó a Miami?

—No tengo ni idea. Oiga usted, Lloyd...

—Carella.

—Sí, claro, Carella... Usted me dijo que sabía todos los detalles del negocio que estaba planeándose. Me aseguró que había averiguado todo cuanto Kowalsky sabía cuando murió...

—Y es cierto.

—Está bien, suéltelo para que vaya pensando en mi reportaje.

—Cuando me haya asegurado de que ha cumplido usted su parte.

Darrow emitió un gruñido de disgusto.

—Está bien, Carella —rezongó—. Pero no trate de darme esquinazo después.

—Yo siempre cumplo mi palabra.

—Sí, me han dado palabras de honor multitud de veces en mi secadora vida. Sólo una proporción insignificante de ellas se cumplieron después.

—Tendrá que creerme o dejarlo, Darrow.

—¿Y qué remedio? Ya estoy llevándole a la guarida del lobo —soltó una corta carcajada, momento que aprovechó Carella para

preguntarle:

—¿Qué sabe usted de un individuo llamado Rod Phelan?

—Lo que sabe todo el mundo Es un gángster de la «nueva escuela».

—Más claro.

—Trafica con toda clase de negocios que le produzcan beneficios. No se detiene ante nada para conseguir lo que se propone, pero sus métodos jamás son tan violentos como para que la policía pueda meter sus narices en los asuntos que maneja. ¿Por qué se interesa por él?

—Bueno, digamos que él se interesa por mí, pero eso no tiene nada que ver con el negocio que estamos ventilando ahora... ¿Falta mucho para llegar?

—Unos minutos tan sólo. Dejaremos el coche a cierta distancia para no despertar sospechas y nos acercaremos a pie.

—¿Es una casa aislada?

—Sí.

—¿Hay jardín?

—Uno pequeño... En realidad, la propiedad no es muy grande... Puede entrarse en ella por la parte trasera, la que da al mar. Estuve estudiando el terreno ayer noche.

—Ya veo...

Minutos más tarde, el reportero apartó el coche de la carretera internándolo por un polvoriento desvío, donde lo estacionó tras apagar las luces.

—A partir de aquí hay que adoptar precauciones, amigo, si no quiere que nos vuelen la cabeza.

Carella siguió las instrucciones, a pesar de saber que todo aquello no era más que una comedia destinada a hacerle confiar por completo en el periodista.

—Allí está la casa —señaló Darrow en voz baja.

En la oscuridad de un jardín brillaban las luces de una edificación de una sola planta.

—Daremos un pequeño rodeo y entraremos —musitó Darrow.

Carella le siguió también hasta salvar un promontorio rocoso. Un minuto después estaban dentro del jardín, acercándose a la casa como pieles rojas en pie de guerra.

Entonces, a dos pasos de la casa, una voz ordenó:

—¡Las manos detrás de la cabeza y no haga ninguna tontería, Lloyd!

Darrow se apartó de un salto. Carella se volvió despacio, levantando los brazos lentamente.

Los dos hombres le apuntaban con sendos revólveres provistos de silenciador. Ambos eran de parecida complexión y a juzgar por la expresión de sus rostros no eran precisamente un caudal de inteligencia.

—Andando, va a visitar el interior de la casa, fisgón. El patrón quiere darle la bienvenida personalmente.

Por lo menos el que hablaba no lo hacía en español. Su acento era el de los barrios populares de las ciudades del norte, pero Carella no sentía ningún deseo de perder el tiempo en averiguar su procedencia, de manera que se dejó empujar por los revólveres, mientras Darrow anunciaba:

—Tengan cuidado con él, muchachos. Va armado.

—Espera a que estemos bajo la luz...

Le desarmaron sin dejarle ni el resquicio de una oportunidad de resistirse, la cual, por otra parte, tampoco habría aprovechado.

Tras quitarle el arma lo llevaron a una estancia cuadrada, donde tres hombres estaban esperándole. Allí fue introducido de un empujón y en los primeros instantes hubo un silencio total, que Carella aprovechó para examinarlos con detalle.

Reconoció la cara ascética de Doria Salev, el ruso con pasaporte diplomático cuyo nombre maldecían todos los patriotas húngaros. Era de baja estatura, delgado y de piel blanca y fina. Unas gafas de gruesos cristales intentaban ocultar la brillante mirada de sus ojos.

El segundo de los reunidos era casi un gigante, tan alto como Carella, pero todavía más corpulento. Un grueso bigote muy negro sombreaba su labio superior. Su tez era aceitunada y sus ojos ligeramente oblicuos. Mentalmente, se dijo que aquel ejemplar no podía ser otro que José Muriano, una especie de verdugo en Miami.

En cuanto al tercer miembro de la reunión era americano sin la menor duda. No había nada llamativo en su persona, ni siquiera en su vestimenta. Tan sólo la perfecta calma de que hacía gala.

También creyó identificarle, a pesar de no haberlo visto nunca.

Carella dijo:

—Ha sido una trampa muy burda, caballeros.

—Pero efectiva —objetó el supuesto Muriano—. La demostración está en que usted se encuentra aquí y que ya no volverá a salir por su propio pie.

—¿Opinan lo mismo sus compinches, Muriano?

El aludido dio un respingo.

—Así que también me conocía... —barbotó—. Eso sólo ya es motivo suficiente para que muera.

—¿No me presenta a sus camaradas, Muriano?

—¿Por qué no?

—A Boris Salev ya le conozco...

El ruso se encogió de hombros. Parecía ajeno al asunto por completo.

—Entonces —gruñó Muriano—, ya sólo le falta conocer a Burt Kermein...

—Es tal como lo imaginaba —comentó Frank, mirándolo—. Un hijo de perra capaz de laborar contra su propia patria, que sostiene una pandilla de asesinos a sueldo a los que alquila para sus criminales cometidos... Es usted un bastardo repugnante, Kermein, ¿lo sabía?

—Cuando le ardan las tripas no tendrá deseos de hacer chistes. Preste atención a Muriano... tiene algo importante que tratar con usted.

Carella miró a su alrededor, comprobando que les habían dejado solos. Los pistoleros y Darrow debían estar esperando fuera.

Muriano asintió.

—Muy importante —rió—. Se trata de la manera como quiere usted morir, señor. Larga y dolorosamente, o rápido hasta el extremo de no darse cuenta... Elija.

—No es una cuestión que me preocupe particularmente. Y tal vez no les convenga matarme tan pronto, Muriano... puesto que he averiguado la verdad. Y la parte que me falta puedo sospecharla también.

—¿De veras?

—Incluso puedo decirles la cantidad de armas que están siendo almacenadas por los que están en contra de ustedes. Imagino que el plan de ustedes es dejar que el buque llegue a su punto de ataque para simular que lo sorprenden entonces y decir al mundo que los Estados Unidos están facilitando toneladas de armamento para

hacer la guerra a su Gobierno...

—Poco más o menos, ésta, es la idea general. Con algunas variantes, naturalmente. Después, Rusia se encargará de airear este asunto con detalles adicionales que harán estremecer a todos los países del mundo.

—Un buen plan, lo reconozco. ¿Cómo averiguaron que estas armas estaban siendo acumuladas en el islote?

—Por Kowalsky. —Muriano se echó a reír—. Ése era el gran negocio que pensaba realizar. Nos pidió más de un millón de dólares para informarnos, cantidad que prometimos pagarle después que hubiésemos estudiado el caso.

—Y qué aprovecharon para consultar con Salev... el especialista en crímenes en masa.

—¿Usted qué cree? Fue él quien tuvo la gran idea. Dejar que el cargamento se vuelva contra los Estados Unidos... y eso es lo que vamos a hacer. Después de eso, su maldito Gobierno no tendrá ninguna fuerza moral ante el resto del mundo para prohibir que Rusia ceda a mi Gobierno el material que estime oportuno. ¿Capta la importancia de la jugada?

—En toda su magnitud. —Carella apretó las mandíbulas. Estaba poniéndose cada vez más furioso. Pero se contuvo y preguntó:

—¿Fueron ustedes los que asesinaron a Kowalsky? Porque resultó un negocio magnífico por su parte. Pagar un millón con dos trozos de plomo... ¿qué más pueden desear?

—Por supuesto Nosotros siempre ganamos, aunque los tipos como usted intenten entorpecer nuestra labor.

—¿Y al policía Polnik?

—También lo ha relacionado con nosotros, ¿eh? Estoy empezando a darme cuenta que es más inteligente de lo que suponíamos... A Polnik se le pagó... luego exigió mucho más y hubo que eliminarlo. En una empresa de la magnitud de la nuestra no podemos permitirnos el lujo de ser blandos.

El ruso barbotó una advertencia. Después dijo en un inglés apenas comprensible:

—Estamos perdiendo el tiempo...

—Tiene razón. Veamos, Lloyd, ¿a quién ha informado de todo esto?

—A nadie. Yo pensaba hacer negocio, reanudándolo en el punto

donde Kowalsky lo dejó... sólo que ustedes se me han anticipado.

—Sí, ya sospechaba que era eso lo que pretendía. Debí conformarse con su buena suerte al escapar con vida del accidente, cuando le llevaban a la silla eléctrica. La suerte, estúpido, no pasa nunca dos veces.

Carella creyó llegado el momento de actuar. Fingió un creciente temor y retrocedió dos o tres pasos, como si la sola proximidad de Muriano le infundiera espanto.

—¡Podemos llegar a un acuerdo! —balbuceó—. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que me manden...

—Sólo vamos a mandar que mueras, mi amigo —rió Muriano con sorna.

Carella se apoyó en el respaldo de una silla. Era lo que necesitaba.

Justo cuando se erguía sin soltarla, Kermein gritó, echando mano a la axila:

—¡Cuidado!

La silla salió disparada hacia arriba, donde hizo añicos la lámpara sumiendo la habitación en penumbras. Instantáneamente, Frank se arrojó al suelo en el momento en que del lado donde estaba Kermein un revólver comenzaba a disparar.

Rodó sobre sí mismo hasta tropezar con una silla. Esta vez la arrojó contra la ventana, donde hubo un estrépito de cristales rotos, y el seco ladrar del revólver de Kermein, al que se unió el arma de Muriano, las dos apuntadas hacia la ventana, por la que suponían que se había arrojado su prisionero.

Carella se mantuvo inmóvil en su rincón, mientras escuchaba la confusión desencadenada en la casa. El ruso aullaba como un demonio precipitándose a la ventana. La puerta se había abierto y los pistoleros y Darrow entraban también en tropel.

—¿Lo ves, tú, Burt? —gritó Muriano.

—No... creo que se ha escondido ahí fuera...

Nunca terminó su frase, porque en aquel instante, de la densa oscuridad del jardín surgió una descarga que, atronó la noche y barrió sin piedad las vidas de cuantos estaban asomados en la ventana. Fueron armas de gran calibre las que dispararon, armas manejadas por hombres que parecían ver en la oscuridad y que de nuevo abrieron fuego, entre el infierno de gritos de muerte,

disparos, carreras y aullidos de terror.

Carella se arrastró en medio de la confusión. Había oído el golpe del metal contra el suelo, y tanteó hasta encontrar el potente revólver de Muriano, cuyo corpachón acribillado yacía de cara al recuadro de la ventana, como si quisiera contemplar por última vez las estrellas de Miami.

Con el arma en la mano, Carella reptó en dirección a la puerta, mientras sus compañeros, desde el jardín, mandaban descarga tras descarga contra los dos pistoleros que se habían parapetado detrás de la ventana.

Repentinamente, una figura delgada y ágil se irguió en el recuadro de la puerta. Carella levantó el revólver y tiró del disparador salvajemente, una y otra vez, seguro de que estaba sentando las bases para un conflicto diplomático, pero sin importarle en absoluto, ciego de furor.

El ruso fue materialmente levantado en el aire por el empuje de los proyectiles. Abrió los brazos, que movió como aspas de molino, y finalmente se desplomó de bruces, ya fuera del cuarto, mientras los disparos en la ventana cesaban también y una extraña quietud se adueñaba de la casa, del jardín y del mundo entero después de la tormenta.

Instantes más tarde, la voz de Johnny Rugolo gritó desde fuera:

—¡Frankie! ¿Estás bien?

—¡Perfectamente, muchachos!

Levantándose, fue a abrirles la puerta. Peter Brett, dijo:

—A menos que tengas algún interés especial por quedarte aquí, Frank, mejor será que nos larguemos antes que llegue la policía. Alguien habrá dado la alarma con todo este estrépito.

—Sólo he de recuperar mi pistola. Aprovechad para registrar la casa, aunque no creo que haya aquí nada de interés.

Cuando la abandonaron, lo hicieron dejando tras de sí la sangrienta huella de su justicia, la mortífera efectividad de sus métodos de lucha, la muestra implacable que ponía punto final a un caso que muy bien hubiera podido desencadenar un conflicto internacional de incalculables consecuencias.

—Espero que el «Viejo» haya enviado a la marina para capturar ese arsenal de *Sable Key* —monologó Lin Burke, cuando se alejaban del lugar de la batalla—. Esta vez sí que has estado cerca de no

contarlo, Frank... Peter Brett dejó escapar una risita.

—También ha tenido sus compensaciones —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, parece ser que el hechizo de Frankie ha causado estragos en Miami... las muchachas se pegan a sus labios en plena calle...

—¡Cierre la boca, Peter! —exclamó Carella, quien recordó que Brett no debía estar muy lejos cuando la muchacha le besó en la oscuridad.

—Era sólo un comentario —rió el aludido—. No vas a negarme que la chiquilla sabía besar... ¡Diablos! Si no atornilló y no parecía dispuesta a soltarte en toda la noche.

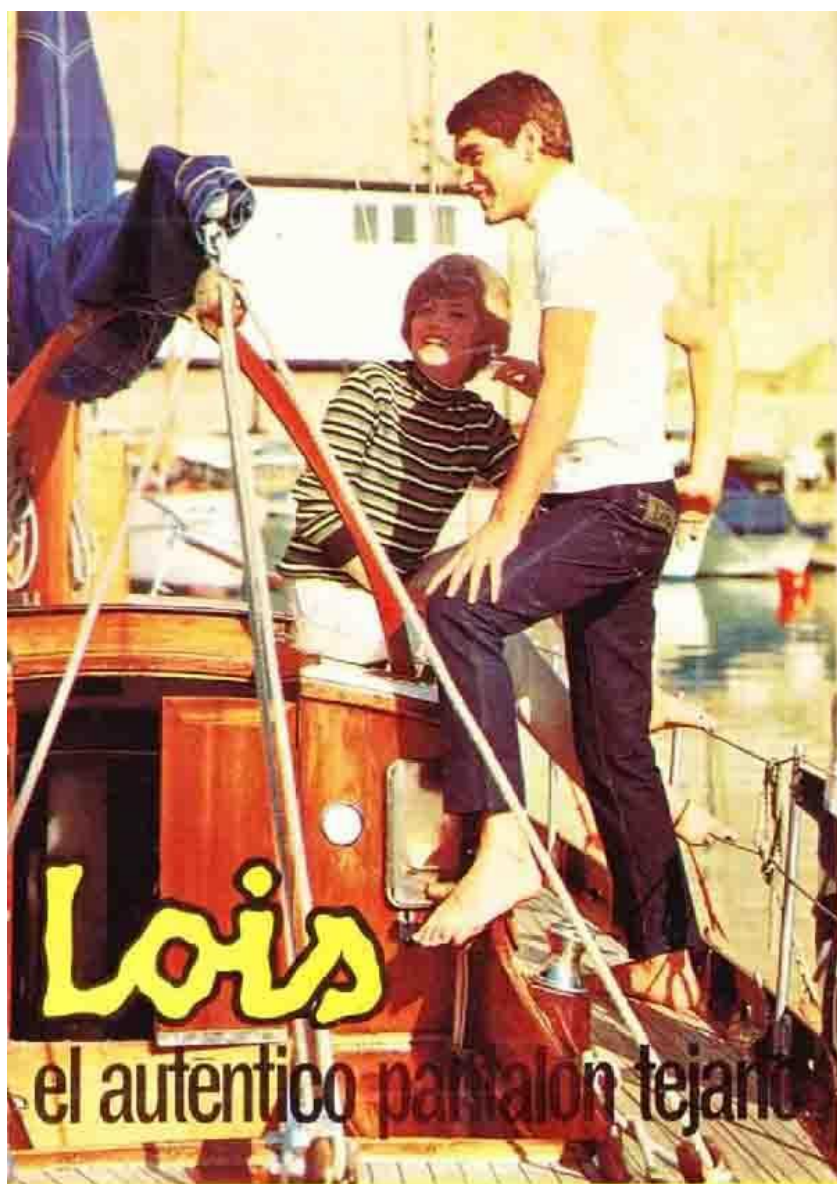
—¡Basta ya, idiota!

Se echaron a reír nerviosamente. Carella sabía que todos ellos trataban de reír y aturdirse para no pensar demasiado en los cuerpos sangrantes que dejaban atrás. También él hubiera deseado olvidarlos, pero sabía que eso no era posible...

Trató de pensar en la linda Dolores. Deseó que el hermano de la muchacha no estuviera en los almacenes cuando la marina hiciera acto de presencia...

Luego, dejó de preocuparse de todo. Comenzó a pensar en el próximo y problemático lugar al que serían enviados... Se estremeció. Después de todo, aquélla era su vida. Cada uno de ellos la había elegido libremente... y había que arrostrar las terribles consecuencias de su decisión.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.